LECTURAS SELECTAS — Volumen XIII

# LOS HABITANTES DEL HORIZONTE



HECTOR PEDRO BLOMBERG

HECTOR PEDRO BLOMBERG



# *Los Habitantes del Horizonte*

NOVELAS

EDITORIAL TOR
PARAGUAY 2068 :: BUENOS AIRES

*A Costancio C. Vigil con el afecto y la gratitud del autor.*

# Hector Pedro Blomberg

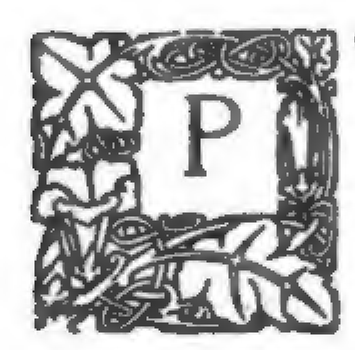
*El autor de «Los habitantes del horizonte» pertenece a la generación argentina de los escritores de treinta años. Es, además de su labor de novelista y hombre de prensa, uno de los poetas representativos de su tiempo.*

*Sus volúmenes de poemas, «La canción lejana», «A la deriva», «Bajo la cruz del Sur», agotan las ediciones en el Río de la Plata. Profundamente original, se le ha llamado «el poeta de los puertos y de los mares». Lírico y realista a un tiempo, es una figura literaria sin antecedentes y sin imitadores, porque nadie se ha atrevido a imitarle.*

*Como novelista, ha producido numerosas novelas breves, y cuentos innumerables, diseminados en las revistas argentinas. Manuel Gálvez, el extraordinario escritor, editó y prologó un volumen de las novelas breves de Blomberg, en 1920, con el título de «Las puertas de Babel», «verdaderos poemas de la vida errante y brutal», las clasifica el autor de «La maestra normal» y de «Nacha de Regules».*

*Las novelas que constituyen «Los habitantes del horizonte» son cuadros trágicos del bajo fondo cosmopolita, género en que el autor sabe estremecer y maravillar a sus lectores con el horror y la emoción de sus evocaciones.*

# La Camarera del Café Rossini




OR aquí no suele venir una mujer rubia, con una cicatriz sobre la ceja derecha? Se llamaba Anita Johnson, en Liverpool...

La mulata lo miró con curiosidad manifiesta.

Era un hombre de unos cincuenta años, delgado y atlético, con el rostro curtido por todos los soles de la tierra y por todos los vientos del océano.

—¿Anita Johnson?... No...

—Me dijeron que vino a Buenos Aires en 1911, y que andaba por estos lugares.

La mulata volvió a mirarlo con atención.

—Yo nunca he conocido a ninguna mujer que tuviese una cicatriz sobre el ojo derecho, señor... Además, ¿por qué da usted su nombre? Usted sabe que en estos lugares nadie da nunca su nombre verdadero... Yo, por ejemplo, no me llamo Mercedes Fonseca, como todos creen...

Pero al hombre del mar no le interesaban las confidencias de la brasileña que estaba sentada frente a él, clavándole en el rostro sus ardientes y penetrantes ojos africanos.

—Entonces... ¿No me puede dar ninguna noticia?

—De esa Anita Johnson, o como se llame ahora, no, señor... Y lo siento, porque usted parece una persona excelente...

El cumplimiento vulgar cayó en oídos sordos. El hombre se levantó para irse, pero la mujer lo detuvo tocándole suavemente el brazo.

—No se vaya, señor... Tome alguna otra cosa... Aquí tocan piezas muy lindas... Y no parece que estuviera muy apurado...

El marino se encogió de hombros y permaneció sentado, paseando su mirada alrededor.

Aquella noche había bastante gente en el bar Rossini. La concurrencia habitual. Desde el tablado de viejo terciopelo que un día fué rojo, los dos violines y el piano arrojaban ondas estridentes de rumor sobre la sala humosa y abigarrada del café. Cada vez que se abría la puerta, cubierta por una manchada cortina verde, un hálito glacial pasaba sobre las mesas, y la mulata se estremecía.

—¡Qué frío debe hacer afuera!... — dijo, mirando entrar a un grupo de marinos españoles vestidos con sombríos uniformes.

—Mucho.

—Yo siempre tengo frío aquí, en este país — confesó la mujer, tratando de romper el hielo, — soy del Brasil, ¿sabe? ¿Usted nunca ha estado en el Brasil, señor?

—Sí, varias veces — respondió secamente el hombre.

—Allá nunca hace frío, ¡ah, no!... Pero aquí...

El marino había quedado meditabundo. Oía la charla de la mujer sin prestarle atención. Un anciano barbudo, envuelto en un roñoso sobretodo que casi llegaba hasta el suelo se acercó a la mesa y dijo algo en un idioma incomprensible.

—Pobre Demetrio... — explicó la mulata, — es un griego... Era médico, en su país... Aquí vive de limosna... Dicen que está loco... Dele unas monedas, señor.

Maquinalmente, el marino echó mano al bolsillo y dejó unas monedas de plata en un ángulo. El anciano lo miró con expresión interrogadora y pedigüeña un instante, y luego las hizo desaparecer rápidamente.

—Entonces... ¿Usted no puede darme ninguna noticia de esa mujer que tiene una cicatriz y que se llama Anita Johnson?

Mercedes Fonseca, que había levantado su vaso de "creme de menthe", lo dejó sobre la mesilla, intacto, y sus ojos sombríos volvieron a fijarse en el rostro de su interlocutor.

—En Buenos Aires hay tantas mujeres — dijo. Su mirada penetrante, experimentada, trataba de sondear el alma de aquel desconocido que preguntaba por una mujer también desconocida en aquel antro del bajo fondo porteño.

Los violines chillaban desesperadamente en el tablado de terciopelo rojo. Un gran retrato al óleo de la Fornarina,

una obra de arte adquirida en un remate del Paseo de Julio por el dueño del bar, sonreía sobre las tragedias obscuras del café internacional.

La mulata volvió a levantar su vaso y bebió lentamente el licor.

Después se inclinó hacia el hombre del mar, hasta bañarle el rostro con su aliento.

—¿Por qué la busca, señor? ¿Era su... su hija?

Un surco lívido cruzó la frente bronceada del desconocido.

—No. No era mi hija... No la vi más que una vez en mi vida...

—¿Entonces?...

—Tengo un encargo para ella...

Sonreía al decir estas palabras. A ella le turbó extrañamente aquella sonrisa fría y misteriosa.

—¿Un encargo?

—Sí, un encargo... ¿Qué tiene de particular?

Volvió ella a mirarlo curiosamente.

—Mire, señor... Cuando un hombre viene a una ciudad como Buenos Aires, preguntando por una mujer rubia, con una cicatriz en la frente, que se llamaba Anita Johnson, en Liverpool ..

—Sí, ¡y qué?

—Que ese hombre no puede estar en su juicio, señor...

La angustia estridente de los violines proseguía en el tumulto del bar, y la Fornarina seguía sonriendo a los desconocidos

El hombre parecía meditar sobre las palabras de la mujer. Nunca se le había ocurrido pensar que lo pudieran tomar por un loco.

—Es que yo sé que está en Buenos Aires...

La mulata suspiró con aire de alivio. Temió por un instante que sus palabras imprudentes hubieran molestado a su interocutor.

—Eso ya es otra cosa...

—Está en Buenos Aires — repitió el hombre del mar, como hablando consigo mismo, mientras sus dedos tamborileaban en la mesilla.

—Pero Buenos Aires es tan grande, señor...

—Londres es más grande que Buenos Aires, y la encontré en Londres...

Los hilos misteriosos del drama empezaban a asomar.

La mulata llamó al mozo y pidió más "creme de menthe".

—Beba, señor...

Dócil y distraído, el hombre obedeció.

—En Londres la encontré... La iba siguiendo desde Liverpool... Esa clase de mujeres siempre se encuentran... Siempre...

Entonces ella creyó comprender.

—Sí, señor; las mujeres como nosotras siempre se encuentran... El mundo es muy grande, pero nunca nos perdemos del todo; nunca, señor...

Demetrio el griego volvió a pasar junto a la mesa. Sus ojillos enrojecidos miraron al hombre que le había dado las monedas de plata, y luego se detuvieron en el rostro de la brasileña. Después desapareció en las profundidades misteriosas del bar Rossini.

—Anita Johnson... ¿Era joven, o era vieja ya, señor?

—Era joven, como usted...

—Y está en Buenos Aires...

—Sí.

—¿Quiere que yo le ayude a buscarla, señor?

—¿Usted quiere?

Mercedes Fonseca se encogió de hombros.

El marino la envolvió en una mirada escrutadora, profunda. Luego se inclinó hacia ella.

—Si usted me ayuda a encontrarla, le daré...

Los violines del bar gemían como almas atormentadas.

—Sí, señor... Sí...

—¿Comprende?

—Sí, señor...

La puerta del bar volvió a abrirse detrás de la cortina verde, y un soplo glacial, cargado con el olor de los navíos inmóviles, con el aliento acre de la ribera, penetró en el lugar.

La brasileña se estremeció vivamente.

Eran los marinos españoles, ebrios ya, que salían en demanda de sus barcos, con marcha vacilante, pero silenciosos, solemnes, como habían entrado.

La mulata comprendía. Aquellos dramas desconocidos, aquellas mujeres perdidas que los hombres venían a buscar desde el otro lado de los mares, en las tabernas cosmopolitas de los puertos... Ella también se había perdido, un día, hacía muchos años... Recordó vagamente. Tuvo por un instante la visión de los muelles asoleados de Pernambuco, el rostro de un hombre... Ese hombre también la había buscado por los muelles de otros puertos... ¡Ah! ¿No la volvería a encontrar nunca?...

—Sí, señor... Sí...

La sonrisa de la Fornarina se apagaba en la niebla acre y viscosa del bar Rossini.

—Hasta mañana... Mañana volveré...

Hizo ella un gesto de vaga decepción. Después se encogió de hombros y encendió uno de los cigarrillos turcos que el hombre había dejado olvidados sobre la mesa, temblando violentamente, porque el hombre, al salir, había dejado abierta la puerta. La cortina verde ondulaba como una bandera en el viento del Paseo de Julio.

Los violines habían enmudecido.

## II

Fué cruel aquel invierno, especialmente para las almas perdidas del Paseo de Julio, agazapadas en el turbio amparo de las posadas internacionales, de los cafés obscuros y misteriosos.

Mercedes Fonseca volvió a ver al hombre del mar, al hombre que buscaba una mujer llamada Anita Johnson.

Supo que su nombre era Lucas Svensson, capitán mercante, de Rotterdam, y aprendió algunas cosas relativas a la mujer buscada.

Anita Johnson había sido camarera en un bar de los muelles de Liverpool. Por el año 1909 se trasladó a Londres. Lucas Svensson habíala encontrado en un café-concierto del West India Dock Road, en ese rincón del Támesis donde hierve la resaca de las razas. Pero allí también la había perdido. Supo que partiera para las Antillas, y que de un teatrillo de Trinidad, en Barbados, pasó a Río de Janeiro. En la capital tropical perdió el rastro.

—Debe haberse ido a Buenos Aires — le dijeron los pilotos ingleses que bebían whisky en la Rúa de las Carretas.

Y el capitán Svensson, de Rotterdam, se vino a Buenos Aires.

Escuchaba atentamente la brasileña el relato incoherente del hombre del mar. Quería preguntarle algo más.

Pero al encontrarse con la mirada fría, inexcrutable, de Lucas Svensson, la pregunta se le helaba en los labios, y reflexionaba.

¿Qué era, o qué había sido aquella misteriosa Anita Johnson en la vida de Lucas Svensson?

Recordaba la mulata que el mismo Svensson le dijera la noche que la conoció en el bar Rossini, que sólo había visto una vez en su vida a Anita Johnson. No era su hija, le había asegurado. No podía ser ni la querida, ni la mujer...

¿Quién era, pues, aquella Anita Johnson que Svensson estaba buscando por las ciudades y los puertos de los continentes?

En las tardes del bar Rossini, antes que los clientes empezaran a rodear las mesitas llenas de mugre y que los violines atormentados comenzaran a torturar los oídos de los fogoneros, la brasileña contó la extraña historia a Jeanette la martiniqueña y a la Paloma de Valencia, sus compañeras.

La Paloma de Valencia, que afectaba el romanticismo de las cortesanas otoñales y que solía leer trabajosamente los romances sentimentales de los libreros del Paseo de Julio, antes que empezaran a llegar los marineros al bar, creía adivinar una novela de amor en todo aquello.

Jeanette la martiniqueña, más práctica, más prosaica, estaba segura que el capitán Svensson buscaba a aquella Anita Johnson para recuperar algún robo de que fuera víctima el marino de Rotterdam.

—Claro — explicaba, — dice que la vió tan sólo una vez, en Liverpool. Estaría borracho, como todos los marinos mercantes, y ella, aprovechando la ocasión, le habrá robado sus economías, o alhajas, quién sabe... Al darse cuenta, después, la habrá ido a buscar, y encontró que ella ya no estaba en el bar... Es por eso que la está buscando.

Jeanette guardaba silencio, meditando sobre el monto de lo robado. Debía ser una buena cantidad, reflexionaba. Si no,

aquella Anita Johnson no hubiera huído y desaparecido de un modo tan completo...

¡Qué diablos! Ella hubiera hecho lo mismo... Lo haría en cuanto pudiera... Con tal de salir de una vez de aquellos infiernos de alcohol y de marineros brutales... Se iría a St. Pierre, donde nació. Se compraría un "estaminet" cerca de la estatua de la emperatriz Eugenia... Adiós, Buenos Aires, Paseo de Julio, bar Rossini...

El chillido estridente de los violines interrumpía las dulces ensoñaciones de la martiniqueña.

—No... Yo digo que no es eso...

Mercedes Fonseca y la Paloma continuaban discutiendo el enigma.

Agotadas las versiones novelescas, la valenciana se volvía práctica, como Jeanette.

—Mira, hija — decía, desperezándose; — si es verdad lo que tú dices, que ese capitán quiere encontrar a esa mujer, y esa mujer está en Buenos Aires, y él te dará todo ese dinero si le ayudas a dar con ella, lo mejor que podemos hacer es buscarla entre todas y repartir el dinero...

Pero a la brasileña no le hacía maldita gracia esta propuesta. Ayudaría ella sola a Svensson en su busca. Por eso, prudentemente, se abstuvo de revelar a sus compañeras la vaga filiación de la desconocida, de mencionar el detalle de la cicatriz.

A los dos o tres días de la conferencia inicial con Svensson, la mulata empezó la busca por su cuenta.

Hacía cinco años que moraba en las profundidades del Paseo de Julio, y muchos de los tenebrosos secretos de las arcadas le eran familiares. Conocía los empresarios de aquellos abismos ribereños: al francés Pinaud, el propietario del hotel Montecristo; a Kuehlmann el austriaco, dueño y señor de varios infiernos subterráneos y vecinos; a Marieta Wolff, ave de presa y princesa de la trata de blancas en la ribera; a los hermanos Alil, los amos del barrio árabe...

Las relaciones de Mercedes Fonseca, como se ve, eran extensas y recomendables.

Fué por allí donde inició sus investigaciones.

Estuvo ausente del bar Rossini varias tardes y varias noches, con gran disgusto del obeso propietario, haciendo el circuito de los abismos, resplandecientes de luz y resonantes

de música durante las veladas invernales, sombríos y misteriosos durante las tardes largas y solitarias.

A todos decía lo mismo, con cautela profesional. Todos, por otra parte, la conocían. Muchas veces la mulata había declarado en su favor, en circunstancias policiales o judiciales, y no ignoraban las aves de rapiña de las arcadas. que convenía estar bien con la brasileña del bar Rossini.

—Es una mujer rubia, de unos veinticinco años... Tiene una cicatriz aquí... Vino de Río Janeiro, hace un año y medio o dos años... Es inglesa, de Liverpool...

Pinaud, Kuehlmann, Marieta Wolff, los hermanos Alil, procuraban hacer memoria. Eran tantas las mujeres que habían pasado por sus dignos establecimientos en el espacio de aquel tiempo...

—No, Mercedes — terminaban por decir, — no recordamos... Creemos que no ha estado por aquí...

La brasileña regresaba al bar Rossini llena de decepción. Una decepción que trataba de disimular cuando veía a Lucas Svensson sentado a una mesa, esperándola. No había que desanimarlo, porque el hombre de Rotterdam, a manera de estímulo, le facilitaba algunas de sus interminables monedas de plata.

Durante la noche, las noches largas, glaciales, siniestras, recorría Mercedes, estremecida de frío, las luminosas cuevas de las arcadas. Contemplaba, con ansiosa mirada, el desfile de las palomas negras en el resplandor y el tumulto de los conciertos.

Pero la busca era estéril.

Anita Johnson no estaba ni había estado nunca, al parecer, en el Paseo de Julio.

## III

Lucas Svensson se instalaba en la idéntica mesilla del bar Rossini y esperaba durante horas enteras a Mercedes Fonseca.

La Paloma de Valencia, indiscreta y romántica, lo abordó una tarde, aprovechando la ausencia de su compañera. Ella, pese a su romanticismo de trastienda, también quería participar de aquellas monedas de plata que encontraban un

camino tan fácil a las medias de la brasileña y hasta a los grasientos bolsillos de Demetrio el griego.

Pero Lucas Svensson la recibió fríamente. Ni siquiera la invitó a tomar nada, violando el protocolo del Paseo de Julio.

Disimulando su disgusto, la Paloma volvió a la carga.

—Hágame el favor de no preguntarme nada...

La echaba de la mesa.

Encogiéndose de hombros, la valenciana se volvió a su rincón, desde donde Jeanette la martiniqueña asistía curiosamente a la escena.

—Estas gentes de mar, hija — dijo, — son unos brutos... Para mí que toda esa historia que nos ha contado la brasileña son patrañas... Qué Anita Johnson ni qué diablos... Los dos se traen una combinación que... allá ellos. Yo no quiero líos con la policía ni con los jueces, hija...

Jeanette, alisándose sus motas relucientes, guardaba silencio, y seguía pensando que aquella Anita misteriosa habría despojado de una verdadera fortuna al capitán de Rotterdam.

Este esperó durante varios días. Alojábase en un turbio hotel de la calle 25 de Mayo, y pasaba las mañanas ambulando por los diques. Por las tardes divagaba bajo las arcadas resonantes, hundíase taciturno en la miseria siniestra de la vía sin sol, y los sueños amargos de su existencia asaltábanle como pesadillas de las que nunca acababa de despertar en el corazón de la inmensa ciudad desconocida.

"Anita Johnson..."

El nombre estaba grabado con fuego y con sangre en su cerebro. La tenía que encontrar, aunque transcurrieran los años.

Las palabras doloridas de la mulata volvían a sus pensamientos:

—Las mujeres como nosotras siempre se encuentran... El mundo es muy grande, señor; pero nunca nos perdemos del todo; nunca, señor...

¿Sería verdad?

Detrás del nombre inolvidable y aborrecido de la mujer a quien sólo vió una vez en el teatrillo de Liverpool, y a quien buscaba por los caminos del mundo, por las encrucija-

das de la miseria, aparecíasele otro nombre también inolvidable, pero adorado...

Se sumergía en el abismo del bar Rossini al tiempo que los violines desgarradores iniciaban sus espeluznantes sinfonías. El rostro luminoso de la Fornarina sonreía desde el [illegible]

—No la encuentro... No la encuentro todavía, señor... Pero...

Mercedes Fonseca continuaba sus secretas correrías por el mundo sumergido, sin encontrar el menor rastro, pero siempre sin perder la esperanza.

Un día Lucas Svensson exhibió una cartulina borrosa.

—Este es el retrato de Anita Johnson — dijo, colocándolo sobre la mesa, como si la tarjeta le quemara los dedos.

Mercedes Fonseca lo acercó a la luz y vió una mujer al parecer muy joven, de rostro regular, casi bello, ataviada con un traje de bailarina de café-concierto.

Jeanette y la Paloma, sin poder resistir la tentación, se acercaron.

Las tres mujeres observaron con atención profunda el borroso retrato. La brasileña lo dió vuelta y leyó al dorso, casi ilegible, con una escritura torpe y laboriosa como la de un niño, en inglés, lo siguiente:

"A mi querido Eric, con el corazón de su Anita".

Seguía una fecha.

—Eric... Usted se llama...

—Lucas — murmuró Svensson, clavando una mirada de desconfianza en Jeanette y la Paloma, que se alejaron discretamente.

—¿Quiere usted prestarme este retrato? — preguntó Mercedes, volviendo a estudiar las facciones borrosas de la desconocida.

Svensson pareció vacilar.

—No — respondió al cabo de un instante.

—Es igual — dijo ella, — creí que con esta fotografía sería más fácil encontrarla... Aquí tiene usted...

La dejó sobre la mesa. Svensson la guardó con indiferencia.

## IV

—Venga conmigo esta noche, señor...

Svensson miró a la mulata con sus ojos escrutadores, y no pudo reprimir un gesto de repugnancia.

La cortesana de color comprendió, y disimulando su humillación, se explicó.

—Espéreme esta noche en la esquina del bar Rossini, a las diez... Tengo algo que decirle, señor...

Y Svensson la esperó.

El viento de Junio, mortífero y sutil, silbaba entre los pilares, gemía con voces extrañas bajo las arcadas. Los antros estaban cerrados, y por sus empañados cristales, pintados de verde, de azul, de rojo, las luces ponían tonalidades lúgubres en el pasaje.

—Venga, señor...

De los interiores iluminados salían voces sofocadas, acordes familiares, blasfemias cosmopolitas.

La figura frágil y esbelta de la brasileña, envuelta en un tapado obscuro, se doblaba convulsivamente bajo la racha glacial que barría el Paseo de Julio.

—Venga, señor...

Atravesaron varias cuadras, sin salir de las arcadas. En las pendientes de las calles transversales tenían que hacer alto para dar paso a los tranvías.

—Es aquí... Entre, señor...

Lo empujaba suavemente. Estaban frente a un bar-concierto. En los cristales pintados de rojo Svensson alcanzó a leer: "Regina Bar".

Un vaho de alcohol, una onda de sonido, un hálito de cuerpos humanos febriles, los envolvió a los dos.

La mulata lo guió hasta una mesa. En derredor, marinos ingleses, españoles, italianos, noruegos, norteamericanos, bebían y cantaban. Mujeres horriblemente pintadas iban y venían, o dialogaban animadamente con los argonautas.

—Siéntese, señor...

Dócilmente, Svensson, de Rotterdam, se sentó y miró en torno suyo.

Sus ojos claros y penetrantes, enrojecidos por el viento, se pasearon por aquellos rostros pintados o curtidos por el sol.

Una mujer venía lentamente por entre las mesas, envuelta en un tapado verde. Un sombrero de alas anchas casi le cubría el semblante.

Al verla acercarse, Mercedes Fonseca se levantó de su asiento y se perdió entre la concurrencia.

La mujer llegó hasta Svensson, permaneció indecisa un instante, y luego se sentó resueltamente.

Lucas Svensson sintió un frío extraño que le penetraba hasta las entrañas. La mujer lo miraba con expresión melosa y calculadora. Suspiró, como con alivio, y quitándose el ancho sombrero, cuya pluma blanca barrió la mugrienta mesa, lo dejó sobre una silla.

Una cicatriz borrosa dibujábase sobre su ceja derecha.

—Anita Johnson...

Svensson dijo el nombre en voz baja, como hablando consigo mismo. La mujer, que lo había visto mover los labios, no había oído. Sonreía con aire conciliador, algo furtivamente. Sus hermosos ojos azules brillaban en el resplandor del bar.

—Anita Johnson...

Ella palideció. Esta vez había oído claramente. Se hizo atrás, con el gesto medroso de un animal perseguido.

—Ese no es mi nombre... ¿Por qué me llama usted así?

El rostro atezado de Mercedes Fonseca iba y venía entre las mesas. La brasileña observaba a una distancia prudente, presa de curiosidad temerosa y febril.

—Ese no es mi nombre — volvió a deicr, apoderándose de su sombrero, en actitud de huir, la mujer.

—¿Por qué mientes?

La había tomado de una muñeca. Ella se ponía lívida bajo su pintura, aterrada, sin comprender.

—¿Quién es usted? — balbuceó.

Lucas Svensson sonreía.

Y aquella sonrisa helada inundaba de un espanto sin nombre, de una angustia indecible, el corazón de Anita Johnson.

El tumulto del "Regina Bar" proseguía en torno de ambos. Ebrios y cortesanas estaban muy preocupados con sus asuntos para reparar en la pareja trágica.

—Déjeme ir... Tengo miedo...

Quiso levantarse y huir. Pero la mano implacable de Lucas Svensson la retenía allí, clavada en su asiento, y los ojos claros, siniestros, del desconocido, la fascinaban.

—No... Vamos... Vámonos de aquí...

Anita Johnson, aterrada, miró en torno suyo. Vió un rostro atezado, unos ojos negros y ardientes que la miraban fijamente, con curiosidad extraña, siniestra, una mano morena que se apoyaba en su hombro.

—Vaya usted con él... No le hará nada... Hace mucho que la está buscando...

Era Mercedes Fonseca.

Anita Johnson vaciló, poniéndose de pie.

—Vámonos de aquí.

Lucas Svensson la arrastraba fuera, imperioso, implacable. La mulata la empujaba con suave insistencia.

—Vaya con él, Anita Johnson... No tenga miedo...

Se encontró en el Paseo de Julio, con el desconocido. El viento glacial jugaba con la pluma de su sombrero. El hombre del mar le apretaba el brazo con fuerza salvaje.

—Venga... Venga...

Se perdieron en el sombrío paisaje de las arcadas.

La brasileña los miró alejarse, inmóvil en la puerta del "Regina Bar", lleno de músicas y de blasfemias y de luces. Los veía teñirse de verde, de rojo, de azul, al pasar frente a los antros luminosos y cerrados.

Cuando los vió desaparecer en el recodo de la calle Córdoba, se encogió de hombros y echó a andar lentamente bajo el viento, hacia el bar Rossini.

## V

Quien hubiera visto llorar al capitán Lucas Svensson, de Rotterdam, no creyera nunca el drama doloroso que se ocultaba entre los pliegues de su alma. El capitán Svensson no había llorado nunca, durante los cuarenta y seis años que rodó por la vida y por el mar, hasta el día que lo llamaron de una casa de pensión en los muelles de Liverpool, al volver de un viaje a Australia, y una vieja llorosa e indignada le dijo:

—Aquí fué donde su hijo, ese bribón de Eric Svensson, mal oficial del "Waverley", se pegó un tiro... ¿Qué me dice

usted? Lo encontramos por la mañana con un balazo en la sien en esta misma cama donde tantos honrados marinos han dormido, después de pagármela adelantada... ¿Qué me dice usted?

Y fué entonces cuando Lucas Svensson lloró, amargamente, trágicamente. Porque su hijo Eric había sido el único amor de su existencia. El lo había cuidado de pequeño, cuando la madre murió; lo había llevado en sus barcos, cuidándolo paternalmente; lo hizo marino, y a los 17 años le consiguió la patente y certificado de oficial mercante en el "trade board" de Liverpool.

Y aquel hijo estaba muerto. Se había pegado un balazo en la sien...

Mientras la indignada vieja desahogaba su llorosa ira, Lucas Svensson sentía que algo se partía dentro de su pecho Se mantuvo sereno. Le dió un puñado de monedas a la vieja, que seguía lloriqueando:

—Matarse así, en mi honrada pensión... Vino el "coroner" a comprobar la causa de la muerte... Lo llevaron el mismo día... La policía en mi casa...

Svensson le dió más dinero, y la vieja pareció ablandarse un poco.

—Pobre Eric Svensson... No era malo... Pagaba siempre puntualmente... Pero pegarse un tiro en mi casa... ¡Ah, señor!...

Cuando la vieja lo dejó solo, después de entregarle los papeles y las ropas del suicida, Lucas comprendió todo... Un montón de postales, de esquelas manchadas, de fotografías, le dieron la explicación de aquella muerte.

Eric Svensson, el hijo de su amor, el orgullo de su vida, se había pegado un tiro por una miserable bailarina, por una mujer de music-hall, una antigua camarera de un bar de Liverpool.

Fué a buscarla. Pero ella se había ido a Londres. De allí desapareció con rumbo a las Antillas. De Trinidad, en Barbados, le siguió el rastro a Río Janeiro.

Hasta que la encontró en Buenos Aires.

Porque aquella mujer maldita, la mujer que causó la muerte de Eric Svensson en la pensión de Liverpool, se llamaba Anita Johnson.

## VI

La mujer contemplaba despavorida, silenciosa, la borrosa cartulina que el desconocido sacara de su bolsillo y le exhibiera sin pronunciar una palabra. Era un retrato suyo, con traje de bailarina. Debajo, con su propia letra, estaba escrito:

"A mi querido Eric, con el corazón de su Anita".

—¿Lo conoce usted? ¿Lo conoce usted?

Y ella recordó.

Volvió a ver a Eric Svensson, rubio, bello, juvenil, como lo conociera en el bar del "Red Anchor", en el "waterside" de Liverpool. Volvía a escuchar las palabras apasionadas del marino.

La había amado, sí. Pero...

—Se mató...

Ella no levantaba los ojos de la cartulina. Le parecía que hacía tanto tiempo que Eric Svensson se enamorara de ella, de su partida de Liverpool para librarse de su amorosa persecución...

—Se mató por usted... Se pegó un tiro, porque usted se había ido...

Entonces, aquel infeliz se había quitado la vida. La amó de veras, como no la amaron nunca, en los cafés-conciertos de los barrios marítimos... ¡Pobre y tonto Eric Svensson!... Si ella hubiera sabido...

—Era mi hijo... Lo único que yo tenía en este mundo... Y se mató porque usted no lo quiso... ¿Comprende, Anita Johnson?

Sintió ella el escalofrío del miedo. Las frases tranquilas y glaciales de aquel hombre la helaban de pavor.

—Se mató... — dijo en voz baja.

Estaban en un hotelillo de la calle 25 de Mayo. El suspiro sofocado de los antros subía hasta ellos, los envolvía en una onda de misterio, de tragedia, de terror.

—Está muerto... Nunca lo volveré a ver, nunca más, como cuando era pequeño y se sentaba en mis rodillas... Cuando corría por los puentes de mi barco y mandaba a los marineros... ¡Eric! ¡Eric!...

Dejó caer la cabeza canosa entre los brazos y un sollozo ronco, desolado, se escapó del pecho de Lucas Svensson.

—Yo no sabía... Yo no sabía...

Aquel dolor inmenso, sin resignación, la causaba un espanto sin nombre. Quiso acercarse al hombre. Pero él, absorto en su infortunio, parecía haberse olvidado de su presencia. La sombra adorada de Eric Svensson surgía de nuevo en su corazón, y lo llamaba desde la eternidad... Lo llamaba desde el cementerio de Liverpool, el hijo que dormía bajo los cipreses, arrullado por la voz interminable y profunda del mar.

—Yo no sabía... Yo no sabía...

Balbuceaba estas palabras gimiendo. En aquel instante habíase ella olvidado de su miseria y su verguenza, de su pasado y de su presente. El dolor de Lucas Svensson agitaba sus entrañas.

—Si hubiera sabido... Vivió conmigo ocho días... Creí que fuera un capricho... Como todos... Si hubiera sabido...

Levantó él bruscamente la cabeza, y clavó sus ojos enrojecidos en el rostro de Anita Johnson. Vió con asombro inmenso que lloraba, que lloraba de veras, con el dolor de las cosas irreparables, con la angustia impotente de las mujeres heridas en lo más hondo de sus entrañas.

—Si hubiera sabido... El no se hubiera matado...

Quiso acercarse a ella, pero se detuvo horrorizado. La sombra de Eric Svensson se levantaba entre los dos, en la turbia habitación del hotelillo de la calle 25 de Mayo, pálido, rubio, juvenil, con un balazo en la sien.

—No... No se hubiera matado... Perdón... Está muerto... Dios haya recibido su alma...

Sus manos rudas, convulsas, se extendieron hacia ella, que parecía no advertirlo, atontada en su súbita congoja. Estaba lejos de allí, del hotel siniestro, del Paseo de Julio, de Buenos Aires. Se veía de nuevo en el barrio lejano de los "docks" de Liverpool; oía otra vez las orquestas del bar del "Red Anchor" y del "music-hall" del "Blue Lion"... El semblante pálido y suplicante de Eric Svensson surgía entre la bruma de los recuerdos, entre la niebla del tiempo, y los ojos azules del marino la envolvían en una luz misteriosa...

Los sollozos, roncos, inconsolables, la sacudían.

Lucas Svensson la contemplaba, con estupor.

La vampiresa satánica, la hembra maldecida, lloraba por aquel muerto adorado que dormía en el fondo de los años... Lloraba con la angustia indecible de las cosas perdidas para siempre, de los amores que nunca habían de volver, de las vidas que pasaron junto a la luz y debían permanecer entre la sombra...

Y sintió, ante el llanto de la mujer desolada, que los rescoldos de su odio se apagaban dentro de su alma.

El vago suspiro de los abismos los envolvía.

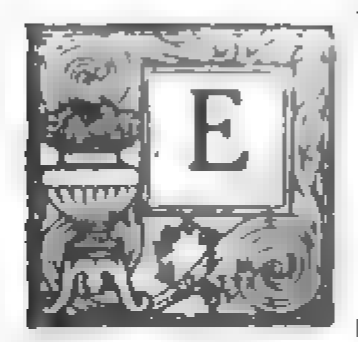
Se dirigió a la puerta y la abrió. Luego tomó de un hombro a Anita Johnson y la empujó suavemente.

—Váyase... No quiero volverla a ver nunca... Váyase.

Dócilmente, ella obedeció. Sin detenerse a recoger su sombrero, que yacía en el suelo, se hundió en el obscuro corredor del hotel. Sus pasos lentos, inseguros, se oyeron en la angosta y sucia escalera. Después se hizo el silencio.



# La Mulata



L hotel Montecristo todavía existe en las profundidades cosmopolitas del Paseo de Julio. Las mismas cortinas verdosas del bar ondean aún, desde hace cerca de veinte años, al viento que sopla en las medianoches solitarias bajo las arcadas pobladas de murciélagos y de ex-hombres. El mismo mozo que huyó de un seminario en Oviedo, allá en una lejana juventud, todavía sirve cerveza a los fogoneros de los paquetes de ultramar.

Pero ya no acuden al bar del hotel Montecristo las gentes de otros días mejores. Kuelhman el austriaco, cada día más envejecido, más pesimista y más triste, deplora amargamente la decadencia del Paseo de Julio.

—Ya no se llama siquiera Paseo de Julio, señor — observa con grave melancolía. — Las mujeres se fueron, y con ellas la alegría del Paseo de Julio...

Kuelhman el austriaco enmudece.

Es verdad. Las musas de las arcadas se han ido, quizá para siempre. En la soledad de las lecherías y de los figones apenas queda el recuerdo de aquellas Afroditas del bajo fondo internacional, de aquellas palomas negras que ponían, en el mundo sumergido de las arcadas, visiones del mal vivir y estremecimientos de tragedia.

—En aquel tiempo se ganaba dinero, señor... Pero ahora...

Iglesias interrumpía las jeremíadas de Kuelhman.

Iglesias era el cocinero del hotel Montecristo.

Y fué una noche de Agosto, fría y sola como pocas, una de esas noches invernales en que las arcadas se tornan más siniestras, los figones más lúgubres, los ex-hombres más es-

pectrales, cuando Iglesias, el cocinero, contó esta historia singular.

Como ésta hay muchas historias escondidas en el fondo del Paseo de Julio. Historias horribles y desoladas, amargas y extrañas, que se ocultan entre los pliegues de las almas de esos hombres de muchos países, que vinieron a bordo de los navíos.

Otras de estas historias las hemos de narrar un día, como varias que hemos escrito, de los hombres rudos y trágicos de la orilla.

Pero hoy escribiremos la de Iglesias, el cocinero del Hotel Montecristo.

## LA NARRACION DE IGLESIAS

—Yo nací en Cuba, señor. A los diez y ocho años huí de la fonda que mi padre tenía en los muelles de La Habana, y anduve vagando en los vapores de la carrera del Caribe.

No mire usted estas marcas que tengo en los brazos. ¿Sabe qué son? Son besos de morfina, señor... A usted le extrañará tal vez que un cocinero del Paseo de Julio tenga los brazos llenos de pinchazos de morfina. Pero ¿qué quiere?... Cuando le cuente toda mi historia, usted comprenderá. Durante un tiempo tomaba morfina en pastillas, pero ahora me he acostumbrado a inyectármela así. La morfina es una gran cosa, aunque uno sea un cocinero en un bar del puerto. A mí me sirve para ahuyentar esas cosas que suelen venir a contemplarme en la noche, cuando los cafés se han cerrado, y sólo se escucha el viento soplando bajo las arcadas. Y cuando los ojos de los muertos asoman detrás de las cortinas o entre las cacerolas, señor...

A los diez y ocho años me escapé de Cuba y pasé cinco en los vapores del Caribe. Mi pasión entonces eran las cartas. Por una carta marcada tuve que huir a los Estados Unidos.

¿Usted nunca ha estado en New Orleans?

Allí el cielo siempre es azul, como en Cuba, como en Jamaica. Hay árboles que siempre están verdes. Hay muchos negros. Las casas son muy blancas, y durante el día las usinas resuenan como un infierno bajo el cielo azul.

Pero a mí me gustaban los *cabarets* de New Orleans. Más que el cielo azul, y que los árboles verdes, y que las casas blancas. Me seguían gustando las cartas, pero también me había aficionado a ese licor diabólico que fabrican en Demerara, en la Guayana Inglesa: el ron.

Nunca beba ron, señor.

Yo he visto cómo lo destilan en Demerara. Cuando lo filtran, se ven flotar las ratas muertas de los depósitos...

En los cabarets de New Orleans mi cuerpo y mi alma estaban humedecidos siempre en una ola de ron. La mañana me sorprendía tambaleándome por las calles bordeadas de árboles, entre las casas blancas, con el pecho y el cerebro hechos una hoguera de ron.

Angela Morgan solíame acompañar hasta mi cueva.

Pero le tengo que explicar quién era Angela Morgan.

Era una mulata, señor. La mulata más hermosa que había en el Caribe. Era varios años mayor que yo, y aunque su piel era obscura, su alma era más blanca que una paloma. El alma de Angela después se volvió roja, roja como la sangre. Pero entonces...

Angela Morgan, la de los cabarets de New Orleans...

Yo no sé cómo fué, pero entre mis borracheras de ron, empecé a darme cuenta de que yo me estaba enamorando de Angela Morgan. Como usted lo oye, señor...

Yo tenía entonces veinticuatro años. Cuando me arrojaban a empellones de los cabarets, Angela me llevaba hasta mi tugurio, me hablaba en inglés, y una noche me besó en la frente, como lo hubiera podido hacer una hermana.

Me enamoré de veras. El resplandor de su alma blanca entró en mi corazón de borracho.

Y se lo iba a decir, una noche.

Yo había dejado de ir durante una semana a los cabarets. Tenía vergüenza de mí mismo, de las pupilas ardientes de Angela Morgan.

Bebía menos ron.

Y una noche, completamente fresco, volví a aparecer por las cuevas subterráneas donde las orquestas negras tocaban acordes infernales y se embriagaban los marineros del Mississipi.

Iba a decirle a Angela que la quería. Que por ella no iba a beber más ron, ni a volver a jugar con cartas marcadas.

Me sentía bueno esa noche, señor, yo, el último de los tahures y de los bebedores. Iba a decirle que la amaba, a Angela Morgan, la mulata que vendía sus caricias a los marineros del Mississipi y a los aventureros del Caribe, pero que tenía un alma más blanca que las casas nuevas de New Orleans.

Para darme valor bebí tres o cuatro copas de ron.

Estaba en el cabaret de Jan el lituano. La divisé en seguida. Estaba más hermosa que nunca. Sus pupilas ardientes brillaban extrañamente, como si hubiera tomado cocaína. Su seno magnífico palpitaba como las palmeras de Jamaica al viento del Caribe.

Estaba con un hombre, señor. Como siempre. ¿Acaso no era ese su oficio?

Y cómo miraba al hombre...

Era necesario ser ciego para no comprender que Ángela Morgan amaba a aquel hombre con todo el fuego de su corazón de mulata.

Reconocí en seguida al hombre. El también me reconoció, y dijo algunas palabras a Angela. Angela se volvió y me miró extrañamente.

Después él se rió.

¿Sabe quién era el hombre, señor?

Era Pedro Iglesias, el mayor de mis hermanos, que había huído también de La Habana cuatro años antes que yo, y a quien yo creía muerto.

Estaba allí, en el cabaret del lituano, bebiendo y sonriendo, con sus ojos azules clavados en las negras pupilas de una mujer que lo adoraba a ojos vistos, un poco ebrio ya, con los cabellos rubios alborotados sobre la frente.

Me senté en un rincón. La mano me temblaba tanto que el ron se escapaba de la botella y corría por la mesa como un raudal de lágrimas venenosas.

Recuerdo vagamente que era de día cuando me sacaron del cabaret del lituano, entre Angela y mi hermano Pedro.

Pedro me fué a ver al día siguiente.

Reía, como siempre, sentado al borde de mi cama, con los hercúleos brazos tatuados cruzados sobre el pecho.

—¿Tú también por aquí, chico? — me dijo. — Parece que Angela te conoce, y te quiere un poco... No sabía ella que eras mi hermano. Dice que el ron te está matando. Ten cuidado. Yo nunca he velado por la familia, pero... No te embriagues como anoche, chico. Acuérdate de que eres cubano, como yo, y que aquí no nos quieren mucho, excepto esa mulata, en quien inspiré una romántica pasión hace tiempo, creo que en Veracruz, donde la conocí... Pobre mujer... Lástima que tenga la piel tan obscura...

Siguió hablando.

Las palabras cínicas de mi hermano me llenaron de indignación. Quise decírselo, pero él se puso de pie para irse.

—Bueno, chico — dijo, desesperezándose — te dejo... Me quedaré aún varios días en esta maldita New Orleans... Trataré de no aburrirme con la mulata... Te aconsejo que no bebas ron como hiciste anoche, porque no te volveré a traer a tu casa... Salud.

Se fué, alto, rubio, bello como un Apolo del mar, y me dejó entregado a mis pensamientos. La borrachera de la noche anterior me había dejado enfermo y dolorido. No tenía alientos para nada.

Esa noche me quedé en mi covacha. No probé una gota de alcohol. Toda la noche estuve revolviéndome en mi cama, pensando en Angela Morgan y en mi hermano Pedro.

No sabía qué hacer. ¿Irme de New Orleans? ¿Matar a mi hermano?

Luego acudía a mi memoria el recuerdo de Pedro, cuando ambos éramos pequeños y corríamos desnudos y descalzos, por las callejas de los muelles de La Habana, pidiendo monedas de plata a los viajeros de los Estados Unidos. Recordaba vagamente las generosidades infantiles de Pedro, que me defendía de los golpes y me daba monedas de cobre...

A la noche siguiente ya no pude más.

Me presenté al cabaret del lituano, a las doce.

El cabaret estaba lleno, más lleno que nunca. La orquesta negra no enmudecía un instante.

Sí, señor. Angela Morgan estaba allí. Mi hermano Pedro también, bastante ebrio.

Me senté cerca de ellos. Angela visitaba las mesas de sus clientes, y de rato en rato aproximábase a la mesa de

Pedro, acariciándole los rubios cabellos con sus manos morenas y ardorosas.

Esa noche fué la tragedia.

Lo mataron, señor.

Yo no me acuerdo bien cómo sucedió todo. Pero tengo presente que un negro se acercó a mi hermano y ambos se insultaron en inglés. Mi hermano estaba muy ebrio y apenas pudo defenderse.

Antes que nadie pudiera intervenir, el negro lo había atravesado de una puñalada, allí, delante de todos.

El grito de Angela Morgan no se me olvidará jamás, señor. Algunas veces me despierto, en la noche, en el hotel Montecristo, y me parece que oigo el grito horrible de la mulata resonando bajo las arcadas del Paseo de Julio.

¿El negro, dice usted?

Desapareció, señor, como si se lo hubiese tragado la tierra.

Todavía veo a Angela estrechando contra su regazo la cabeza desmelenada y pálida del asesinado. La sangre de mi hermano Pedro salpicó su pecho y su cara morena, como rubíes temblorosos. Lo besaba con furia, con pasión, gimiendo sin lágrimas...

Pero mi hermano estaba muerto.

Nos detuvieron a todos, pero el negro no apareció. Había huído.

Tres días más tarde Angela se presentó en mi cueva. Estaba más flaca y sus ojos ardientes temblaban como con fiebre.

—Oye — me dijo — tú me quieres, ¿verdad?

Me quedé atónito.

—Yo sé que me quieres... Lo sabía... Tu hermano también lo sabía. Me lo dijo la noche que...

Se interrumpió, sombría y trágica.

—Me quieres, ¿verdad? — repitió. Sus manos morenas y cálidas acariciaron mi frente sudorosa, se enredaron en mis cabellos.

La estreché con rabia entre mis brazos. Mis besos de fuego caían sobre su rostro, sus brazos, su pecho anhelante...

—¿Quieres venir conmigo?

Fué entonces cuando me hizo la proposición extraña, terrible, que había de decidir de nuestras vidas, cuando me propuso el pacto de amor y de sangre.

—Tú y yo tenemos una misión que cumplir — me dijo luego, con los ojos destilando fiebre. — Iremos en su busca, y tú lo matarás, donde lo encuentres...

¿Comprende, señor?

Angela Morgan se unía a mí, se convertía en mi amante. Pero yo debía buscar y matar al asesino de mi hermano Pedro, al negro del cabaret.

Desde ese día no nos separamos, Angela Morgan y yo.

Nos fuímos de New Orleans una mañana radiante de agosto. Recuerdo aún que era un 14 de agosto.

Angela tenía dinero, unos mil dólares. Con esa suma emprendimos la busca del negro por toda la América del Sur.

El negro, según logré averiguar, era de profesión fogonero, pero solía desempeñar los oficios más diversos.

¿Dónde se habría ido? ¿Dónde encontrarlo?

Hay tantos negros en la América del Sur, señor...

De New Orleans nos fuímos a Managua. De allí, a pasar revista a los africanos que trabajaban en el canal de Panamá, en la Puerta de Gatun.

Los meses rodaban, uno tras otro.

El asesino de Pedro no estaba en el Canal. Seguimos viaje al Callao. Hurgamos los fondines de los puertos, hasta que la fiebre amarilla me salió al paso en Guayaquil.

Y fué Angela Morgan quien me salvó. En las visiones de mi delirio la veía sentada inmóvil junto a mi catre lleno de parásitos, con los ojos ardientes fijos en el recuerdo. Estaba viendo siempre la rubia cabeza ensangrentada de mi hermano Pedro...

Me salvé de la fiebre amarilla, señor. Me salvaron los cuidados y el amor de Angela Morgan, la mulata.

Por uno de sus besos, yo hubiera dado muerte a mi propio padre, en su fonda de los muelles de La Habana.

El negro tampoco estaba en Guayaquil. Ni en Barbados, donde llegamos un mes después.

De Trinidad seguimos viaje hacia el Sur.

En Pernambuco se nos terminó el dinero. Yo no podía trabajar, porque aun estaba muy débil, y fué Angela Morgan quien se encargó de ganar lo que era necesario.

Iba a vender su cuerpo todas las noches en los bars de los capitanes mercantes de Pernambuco. Traía libras esterlinas.

A veces parecía muy cansada. Pero sus ojos seguían brillando con fiebre delirante.

En Río de Janeiro fué lo mismo.

Un impulso mortal parecía arrastrar a esa mujer que incendiaba mi sangre. Recorría durante horas enteras las calles, los cafés, los tugurios, los muelles, buscando, buscando siempre...

Un día creí encontrar a mi hombre... Fué en Río de Janeiro... La silueta obscura y borrosa de un africano que caminaba balanceándose, como los hombres de mar, hizo temblar mi corazón. ¡Era él!

Los ojos del cocinero se inyectaron de sangre. Todo su cuerpo temblaba con emoción horrible.

—Estaba lloviendo... Eran las seis de la tarde, en el mes de agosto. En agosto llueve siempre en la capital del Brasil. Caía una garúa triste, monótona. Una de esas lluvias en las que el invierno americano parece llorar como los hombres que todo lo han perdido en la vida y que saben que sólo les queda el camino del infierno...

No era más que un negro marinero que salía tambaleándose de un bar de los muelles, en el crepúsculo y en la lluvia...

Un horror lejano hacía palidecer al cocinero del hotel.

Pero al mismo tiempo, mientras lo escuchaba en silencio, parecíame que aquellas confesiones crueles, feroces, aliviaban el purgatorio de su alma.

Le hice señas para que continuara su relato.

—El odio suele ser dulce — exclamó repentinamente — pero los hombres como yo... Yo había vendido mi alma por el amor de una mujer medio negra, una mujer que sólo vivía para ver morir, asesinado, a un hombre... Yo creía entonces, señor, que sólo vivía para el amor, y vivía tan sólo para la muerte...

En el vago silencio del hotel, permanecía yo suspenso, fascinado por el encanto siniestro de aquella historia horrible. Como en una pesadilla, veía las escenas que evocaba el miserable. Pero quería saberlo todo, hasta el fin...

Siguió hablando Iglesias.

—Durante dos días fuí la sombra de aquel negro desconocido. Lo invité a beber conmigo... Cuando Angela lo supo, me besó apasionadamente, como pocas veces me había besado en nuestra luna de miel y de sangre.

—¿Quieres que lo mate esta noche? — le pregunté al tercer día.

Me miró ella extrañamente. Tuve miedo, por un instante, del infierno que ardía en su alma y que se asomaba a sus ojos.

—No — contestó — quiero beber primero con él...

Al pronunciar estas palabras las manos ardientes de Angela acariciaron mis sienes, y los espectros de mi espanto se desvanecieron.

—¿Quieres conocerlo, tú? — le dije.

—Sí — repitió ella, irguiéndose, centelleándole las pupilas.

Estaba menos bella que en los días de New Orleans. Era el odio, aquel odio que la consumía como una fiebre mortal. Después, solo en mi cocina, pensé que era también el dolor de haber perdido a su hombre rubio, a su dios blanco y brutal, a mi hermano Pedro, que debe de estar en el infierno, si es que su alma está en alguna parte...

El vengador se quedó pensativo. Tuve la visión de las cosas espantables que se retorcían en su conciencia, y fingí encender un cigarrillo para no mirarlo.

—El negro acostumbraba beber todas las tardes en un pequeño bar de la rua das Carretas, una calle angosta y obscura en la cual marea el olor del café y del cacao amontonado cerca... Se llamaba el Bar do Cruceiro. Dos tardes había pasado yo allí con el negro, bebiendo sin cesar. Esas tardes yo bebí poco... Cuando el negro no miraba, o estaba distraído, o borracho ya, yo arrojaba el aguardiente debajo de la mesa. Le había hecho hablar. Era jamaicano, como casi todos los que trabajan en los barcos de las Antillas. Una vez bien ebrio, habíale yo preguntado si había estado en New Orleans...

Sí, señor. Me confesó que había estado dos veces. Le pregunté si no le había sucedido algo desagradable en New Orleans.

No... No le había sucedido nada, excepto una prisión de ocho días por pelearse con un agente de policía...

—¿No se enamoró de ninguna mujer en New Orleans? — seguí preguntando.

El negro, vacilante ya por el aguardiente, sonrió con sonrisa triste y estúpida.

En un inglés torpe, me confesó que la única mujer que había amado era una mujer de su raza, en Kingston, en Jamaica, su isla natal. Se llamaba Jen. Jen lo había escuchado, al principio, pero luego se fué a vivir con un blanco que tenía una plantación de azúcar en el interior de la isla. Esa era la novela de amor de mi víctima...

Me dije que sabía mentir, borracho como estaba... Mentía... Los hombres, por más ebrios que estén, nunca se olvidan de que han dado muerte a un semejante... Mentía, sí... Yo lo hubiera jurado por la salvación de mi alma...

Un sordo gemido se escapó del pecho del cocinero. Pero no tardó en reaccionar, y el relato del drama siguió desarrollándose.

—A la tercera tarde, el día que yo había resuelto asesinarlo, me presenté con Angela en el Bar do Cruceiro. El negro estaba instalado en el mismo sitio de los días anteriores, con un vaso y una botella de aguardiente de La Habana delante. Durante el camino de la posada donde vivíamos al bar, Angela había callado. Yo sentía temblar su brazo bajo el mío...

Un acceso de tos interrumpió a Iglesias.

—Creo que son los pulmones — dijo, al pasar la convulsión, — pero no importa. Oiga usted lo que sucedió esa tarde en el bar de la rua das Carretas... Es una de las partes más extrañas de esta historia, señor...

—Ahí está — dije al entrar, señalando la mesa donde estaba el negro, que recién comenzaba sus libaciones.

Sin soltarme el brazo, Angela Morgan atravesó lentamente el salón, en cuyas mesillas, a esa hora, bebían unos ocho o diez marineros. El dueño, que nos había visto entrar, se acercó rápidamente. Era un portugués viejo y gordo, de nariz ganchuda. Se nos puso delante, agitado y colérico.

—¡No quiero meninas aquí! — gritó, moviendo los brazos.

Angela pareció no oirle, ni verlo.

Se desprendió de mi brazo y se acercó a la mesa del negro. Lo miró fijamente un instante. Temí que ella fuera a apuñalarlo, en medio del bar. Pero al cabo de unos se-

gundos volvió a mi lado. El resplandor febril de sus pupilas se había apagado. Me tomó otra vez del brazo y me arrastró fuera, bajo la dura mirada del portugués y el vago asombro del negro. Quise hablar, pero el silencio de Angela me desconcertaba. Caminábamos rápidamente por la rua das Carretas, tropezando con los marineros y los peones que invadían, sedientos, los pequeños bars.

—¿No querías conocerlo? — pregunté al fin.

Soltó ella mi brazo y, volviéndose a medias, exclamó:

—¡Imbécil!

Se alejó, sola, entre los grupos de la pequeña calle, airada y trágica, con el sordo furor de la mujer que ve frustrarse su venganza o su amor.

—¡Imbécil! — repetí, aturdido, parado en medio de la calle.

Volví a la posada, después de beber varias copas de aguardiente por el camino.

Pero Angela Morgan no estaba allí. La vi entrar después del amanecer, fatigada, sudorosa. Dejó un puñado de libras esterlinas sobre la mesa.

—Angela — balbucí.

Me envolvió ella en una mirada cansada y despreciativa, y empezó a desnudarse. Se caía de extenuación, después de una noche de amor pagado...

—Angela... — repetí.

Tendióse ella en la angosta cama, y sus ojos cansados miraron el techo de la miserable habitación. Al cabo de unos minutos se incorporó.

—¿Por qué has querido engañarme?

Su voz, que siempre vibraba de pasión, era apagada y triste.

—¿Engañarte? ¿Quién?... — dije, sintiendo que un sudor frío humedecía mis sienes.

—Tú — dijo la mulata, en el mismo melancólico acento.

—¿Yo?

El sudor de la angustia corría por mi rostro.

¡Engañarla! ¡Yo que estaba dispuesto a asesinar a un hombre por tenerla siempre en mis brazos!

Angela pareció leer en mi semblante descompuesto.

—El negro que estaba en el Bar do Cruceiro no es el que mató a tu hermano Pedro.

Entonces comprendí.

—Pero... la cicatriz sobre el ojo...

—No es él — repitió Angela, cerrando los ojos. Parecía dormir. Volvió a abrirlos pasados unos minutos, y sus labios se movieron.

—Veo que no me querías engañar... Lo creí... Seguiremos buscando, buscando... ¡Lo encontraremos! — exclamó de pronto, con voz ronca.

Se quedó dormida. Yo permanecí inmóvil junto a la cama, mirándola dormir.

El sol del trópico entraba por la ventana. Sí, me dije. Seguiríamos buscándolo. Yo no volvería a equivocarme...

Un nuevo acceso de tos, una tos seca, convulsiva, horrible, sacudió el cuerpo enflaquecido del cocinero.

—Los pulmones... los pulmones — logró decir.

Pero no eran los pulmones, no. Era el corazón del miserable el que estallaba, roto y ensangrentado, en aquel rincón del Paseo de Julio donde iban a buscarlo los fantasmas del pasado...

—¿Está cansado de esta historia, señor?

Le aseguré que no. Bebió un poco y pareció reponerse algo. Sus manos ya no temblaban violentamente. Volvió a hablar, como si cada palabra de sus siniestras confesiones aliviaran su horror y su remordimiento.

A veces, incorporándose en los lechos de los hotelillos y de las posadas internacionales, Angela Morgan se desprendía de mis brazos y me interrogaba:

—¿Seguirás buscándolo? ¿Me juras que lo matarás?...

—Lo juro — contestábale yo, y los labios calientes de la mulata me hundían en el vértigo.

Hasta que llegamos a Buenos Aires.

Vinimos aquí, señor, al Paseo de Julio.

Y fué aquí, bajo estas mismas arcadas que de día se pueblan de hombres miserables y de noche se llenan de murciélagos, donde Angela Morgan casi murió.

Llegamos en invierno.

Los dos, ella y yo, habíamos vivido siempre en los trópicos. Y aquel agosto de Buenos Aires era para nosotros un tormento sin nombre. El viento silbaba con furia, un viento frío y mortal que nos hacía pensar en las islas lejanas del

Caribe, donde nunca hace frío, donde el sol nunca está ausente.

Angela Morgan se enfermó, como le decía.

Se enfermó aquí, en este mismo hotel Montecristo.

Nunca me olvidaré de esos días, señor.

Vino un médico griego, un médico andrajoso, muy viejo, envuelto siempre en un sobretodo que le llegaba hasta las rodillas.

Dijo que Angela tenía pulmonía.

Y yo la cuidé, señor. La cuidé de día y de noche. Como ella me cuidó cuando yo tuve la fiebre amarilla en Guayaquil.

Y en sus delirios, en el silencio del hotel Montecristo, después que las cantantes y las bailarinas del bar se habían ido, llamaba siempre a mi hermano Pedro.

Parecía pensar a veces que yo era Pedro, y sus manos ardientes acariciaban mi rostro, me estrechaba contra su pecho moreno y desnudo, ese pecho magnífico que había salpicado la sangre de mi hermano Pedro, allá en el cabaret de New Orleans, y que había palpitado de amor, como las palmeras de Jamaica al viento del Caribe.

No, señor. Angela no murió.

El médico griego logró salvarla de la muerte.

A veces, cuando la morfina me abandona y las músicas suenan en el bar, y estoy lavando las cacerolas, pienso que hubiera sido mejor verla muerta en la pieza obscura y sucia del hotel Montecristo.

Fué cuando estuvo mejor de la pulmonía cuando me dijo que siguiera buscando. Me recordó mi juramento.

Ya no era la misma. La enfermedad y la fiebre habían enflaquecido sus carnes ardientes y gloriosas. Era ahora una mulata flaca y febril, con unos ojos inmensos y extraños.

Y yo seguía buscando.

Buenos Aires entonces me causaba miedo. Recorría las arcadas, los cafés resonantes y sucios, los antros, los muelles. A veces me internaba en las profundidades de la ciudad, pero encontraba pocos negros.

Me dirigí a algunas personas que encontré en los bars.

—Estoy buscando a un negro — les dije, — un negro que trabajaba como fogonero en los vapores del Caribe...

Algunos se reían de mí.

Otros me decían que en Buenos Aires hay muy pocos negros. Pero que en la Boca solían verse algunos que venían del mar, en los grandes buques.

Me fuí a la Boca. Es una ciudad pequeña. Usted la debe conocer mejor que yo, señor. Hay allí innumerables cafés, llenos de mujeres y de músicas y de hombres que buscan el olvido.

Quedábame horas enteras en esos cafés. Mientras sonaban las musiquillas interminables, mi pensamiento se iba al hotel Montecristo, donde una mujer febril, una mulata enflaquecida, esperaba, esperaba siempre...

La Boca, señor.

Usted debe de conocer esa parte de la Boca donde los depósitos se suceden unos a otros. Es un barrio trágico, ese de los depósitos. Un barrio que, fuera de las horas de la mañana, está siempre solitario y silencioso. Se ven jugar las ratas en las callejuelas cubiertas de césped, mientras el suspiro de los navíos todo lo invade con su misterio y con su dolor.

Allí lo encontré, señor.

En una de esas callejas silenciosas y desiertas, una tarde que estaba lloviendo.

Era el mismo negro de New Orleans. Era el asesino de mi hermano Pedro, el hombre a quien estábamos buscando con Angela Morgan desde hacía dos años por los puertos de la América del Sur.

Estaba un poco ebrio, y se tambaleaba, apoyándose en las paredes.

No me reconoció. ¿Cómo me iba a reconocer?

Nadie asistió a la escena que se desarrolló allí, bajo la lluvia, en la callejuela del barrio de los depósitos, excepto las ratas que se ocultaban temerosas debajo de los portales carcomidos.

Quedó allí tendido en la calleja, con un cuchillo clavado en el pecho. La lluvia se mezclaba con su sangre maldita, y los ojos del negro estaban fijos en el cielo gris de aquella tarde de agosto.

Lo dejé allí y me alejé por la ribera. La lluvia continuaba cayendo monótonamente, y un gran silencio pesaba sobre el puerto.

No sentía el menor remordimiento, señor.

Estaba seguro que el alma de aquel maldito negro había ido derecho al infierno. ¿Acaso no era el asesino de mi hermano, a quien yo había de ver siempre, eternamente, como lo vi muerto aquella noche lejana en el cabaret de Jan el lituano?

La misión trágica estaba cumplida.

Angela y yo continuaríamos nuestra vida errante y miserable, unidos en el amor, en el hambre y en el crimen, hasta que la muerte pusiera fin a nuestra existencia.

Así pensaba yo, señor, mientras caminaba lentamente por la ribera de Buenos Aires, contemplando los navíos solitarios y tristes bajo la lluvia.

Pasé junto a dos o tres agentes de policía, que me miraron con indiferencia.

Sentí el deseo extraño y terrible de acercarme a ellos y decirles fríamente:

—Yo maté a un negro... Está allí, en el barrio de los depósitos, entre las ratas, bajo la lluvia...

Pero no les dije nada. Me hubieran arrestado, y nunca hubiera vuelto a ver a Angela Morgan, temblando de fiebre en una piezucha del hotel Montecristo.

Iba bebiendo en los bars de la orilla. Los músicos tocaban en la penumbra de los figones internacionales, y yo me repetía, al beber copa tras copa:

—Yo maté al negro... Yo maté al negro...

Una alegría extraña me invadía poco a poco. La idea del alma de aquel maldito negro retorciéndose en las hogueras del infierno me producía un júbilo profundo, un regocijo diabólico.

El pacto de sangre estaba cumplido.

Angela Morgan sería mía para siempre. Nos volveríamos al trópico, y allí ella recuperaría su belleza salvaje de mulata; sus ojos ardientes volverían a ver los paisajes del Caribe, las palmeras meciéndose bajo el viento de las Bahamas...

Soñaba y bebía, señor.

Hasta que, ya entrada la noche, muy ebrio, me encontré bajo las arcadas del Paseo de Julio.

Las luces giraban a mi alrededor, y tuve que apoyarme en los pilares. Las musiquillas de los cafés-conciertos resonaban como un coro infernal en mis oídos.

Penetré en el bar, en este mismo bar donde estamos ahora, llevándome las mesas y los clientes por delante, hasta que me encontré en nuestra habitación.

Angela Morgan estaba sentada en la cama, abrazándose las rodillas. Sus ojos de fuego ardían en la penumbra que venía de las arcadas.

Me senté en el lecho, y mis manos se posaron en los hombros denudos de la mulata.

—Angela — balbuceé.

Angela me miró profundamente.

—Ya sé — murmuró — lo encontraste, por fin...

—Sí, lo encontré, bajo la lluvia, en...

—Y lo mataste...

—Lo maté...

Siguió un silencio de muerte, que sólo turbaban las voces del Paseo de Julio, el murmullo interminable de los bars.

En medio de mi borrachera se me antojó que el espectro del negro ensangrentado surgía entre los dos. Y a su lado, la sombra pálida de mi hermano Pedro.

Esa pesadilla me atormentó durante toda la noche. A ratos, en medio de mi delirio, oí las voces y las músicas estridentes del bar. Llegaba hasta mis oídos el sordo rumor de cosas lejanas. Parecíanse estar de nuevo en los muelles asoleados de La Habana, pidiendo monedas de plata a los viajeros de los Estados Unidos; veíame otra vez en las riberas del Misisipí. Hallábame en el cabaret de Jan el lituano, surgían ante mis ojos las casas blancas, los árboles verdes, las claras madrugadas de New Orleans.

Y en medio de todas estas visiones borrosas, el espectro del negro, que se paseaba ante mí, riendo con su boca horrible, mientras un chorro de sangre, un torrente interminable de sangre, manaba de su pecho...

El frío del amanecer, que entraba por la ventana abierta, me despertó, señor.

De las arcadas subía un murmullo sofocado, y el olor de los navíos lo envolvía todo.

Estaba amaneciendo. Una luz lívida entraba por la ventana.

—Angela...

Mis labios resecos murmuraron su nombre. Pero Angela no estaba a mi lado, en el lecho del hotel Montecristo.

Se había ido, señor.

Me había dejado para siempre. Un papel escrito en inglés me lo decía. Se había ido llevándose sus pobres ropas. Hasta me dejaba dos monedas de oro, de la última vez que vendió su cuerpo para poder realizar su venganza.

Estaba vengada.

El negro estaba muerto, bien muerto, tendido cuan largo era, en una callejuela del barrio de los depósitos.

Pregunté en el hotel.

Nadie sabía nada. Un camarero creyó haberla visto salir, en la hora más obscura de la noche, poco antes del alba, con un atado de ropa, y perderse bajo las arcadas, cuando todo dormía en el Paseo de Julio.

Supe que la había perdido para siempre. Comprendí que se había ido a New Orleans, donde estaban las cenizas ensangrentadas de mi hermano Pedro, donde las casas siempre deben de ser blancas, y los árboles siempre están verdes, y el cielo siempre es azul...

Yo me quedé aquí, señor.

Durante algunos días esperaba que sería descubierto, que me arrestarían y me condenarían. Pero la policía nunca supo quién asesinó al negro en las callejas de la Boca, bajo la lluvia.

Cuando se me terminó el dinero, anduve vagando por el Paseo de Julio, bebiendo, bebiendo siempre. Hasta que un día el dueño del hotel me preguntó si sabía cocinar, y me empleó como cocinero.

Y aquí estoy, señor...

---

Aquí termina también la historia de Iglesias, el cocinero del hotel Montecristo.

Dejé de verle durante varios meses. Supe más tarde, por Kuelhman el austriaco, que estaba en un hospital, delirante y moribundo de morfina.

Pero ignoro si ha muerto, o si se curó y se fué a New Orleans.

# El viajero de la Cruz del Sur

## I

## LA PENSION DE LA SEÑORA KENDRICK

LA casa de pensión estaba en el quinto piso de un sombrío edificio incrustado en la calle 25 de Mayo, en una barrio inquietante y sucio, en el cual oíanse desde la mañana hasta la noche, y aun en las largas horas nocturnas, las sonoras sílabas árabes y los dulces vocablos ingleses.

Casa de departamentos vasta y misteriosa, en la cual el zumbido de las abejas humanas vibraba sordamente en los obscuros corredores, en las moradas siempre cerradas herméticamente.

En el último piso, como decimos, la señora Kendrick administraba su casa de pensión ,un establecimiento modesto, de seis habitaciones, tres de las cuales abríanse sobre la calle, y desde cuyas ventanas parecían divisarse todos los tejados de la ciudad, dominados majestuosamente por la torre del pasaje Guemes. Desde las ventanas de las otras piezas, veíanse las chimeneas de los barcos de ultramar, las construcciones rojizas de los depósitos aduaneros. Durante la noche, cuando las orquestas de los cafetines próximos callaban, el carillón de la Torre de los ingleses doblaba misteriosas y musicales serenatas al barrio de cafés y tiendas árabes y de burdeles cosmopolitas.

La señora Kendrick estaba allí hacía algún tiempo. Envejecida en la fatigosa industria de las casas de pensión, tuvo establecimientos en otros barrios, en Barracas, en Belgrano, después en la calle Almirante Brown, hasta que su hija Clara y su sobrina Anita convenciéronla de trasladarse al corazón

de la City, donde las pensiones prosperaban más que en el suburbio, con sus clientes solitarios y estólidos, empleados de las compañías de navegación y de los Bancos extranjeros, viajeros que nunca regateaban ni se quejaban de la comida, y pagaban con inquietante puntualidad.

¡Pobre señora Kendrick!

Cuando se trasladaron a la calle 25 de Mayo, y siempre por consejo de las dos muchachas, vendió los añosos y estropeados muebles de la calle Almirante Brown y adquirió otros nuevos, que la aterraron por su precio.

—Los pagaremos por mensualidades — dijo Clara, impávida.

—Naturalmente — agregó Anita, — en dos años los habremos pagado, — y son muy buenos... Durarán muchos años...

Suspiró resignada la señora Kendrick. Una tristeza sutil embargó su alma cansada al despedirse de aquellos trastos familiares, a los cuales asociaba las memorias de los años desvanecidos.

La casa de pensión vegetó por espacio de un año largo en el corazón de la calle 25 de Mayo. Nunca faltaban los clientes, ingleses o norteamericanos silenciosos. Pero el sueño de prosperidad que acariciaban las muchachas no se realizaba del todo.

No era la misma cosa, no, una casa de pensión en Barracas y otra en la City agitada y comercial. Multiplicábanse los gastos. El alquiler del departamento, la cuota mensual de los magníficos muebles, la electricidad, las propinas, el mercado, la vajilla nueva, todo esto arrojaba cifras inquietantes que hacían palidecer a la señora Kendrick y terminaron por amedrentar a Clara y a Anita, animosas como eran.

Un año y dos meses habían transcurrido desde la aventura.

Una noche la señora Kendrick sintióse mal. Los resortes de su cansado organismo fallaron, y su hija y su sobrina, aterradas, vieron que se les iba para siempre, mientras el carillón de la Torre de los Ingleses doblaba musicalmente su serenata de la medianoche, y el rumor confuso de los barcos próximos vibraba en la entraña de la noche.

Velaron ambas muchachas en las largas horas nocturnas. Dos de los pensionistas dormían. Como a la una de la ma-

ñana, otros dos entraron, llevándose por delante los muebles del vestíbulo.

Anita, que era quien cocinaba y servía a los clientes, se quedó dormida a las tres de la mañana.

Clara, rendida de cansancio, permanecía despierta, oyendo dar las horas. Sus ojos no se separaban del rostro de la señora Kendrick, y su corazón se le apretaba.

¡Pobre madre!

Pensaba Clara en la larga lucha con la miseria que había sostenido aquella madre adorada. Evocaba, con dulce y serena tristeza, los años interminables en las obscuras casas de pensión, cuando ella y su prima Anita eran pequeñas y no podían ayudarla todavía, cuando la pobre mujer soportaba sobre sus hombros débiles todo el peso de aquellas pensiones sórdidas, con clientes exigentes y tramposos, cocinando, lavando, limpiando, multiplicándose, robándole horas al sueño para enseñarles a leer a su hija y a su sobrina.

Hacía meses que la salud de la señor Kendrick quebrantábase visiblemente.

Clara comprendió que la ruina cada vez más cercana, los déficits espantables de la casa de pensión, habían turbado los últimos días de la pobre mujer, y experimentó cierto arrepentimiento, porque era ella, y Anita, quienes lo habían querido. Los pensionistas se iban, cansados de comer diariamente los eternos "Irish stew" y guisos de verdura de Anita; en invierno quejábanse de la falta de calefacción eléctrica y en verano decían que las habitaciones eran unos hornos crematorios.

El carillón sonó las cuatro de la mañana. Clara, con los ojos humedecidos, se inclinó y besó las manos arrugadas de su madre, pobres manos benditas, endurecidas en el trabajo de las sirvientas durante veinticinco años.

¿Qué sería de ellas cuando su madre muriera?

Hacía tres meses ya que era imposible pagar la cuota de los muebles; adeudaban también tres alquileres del departamento... Se llevarían todo, y ella y Anita quedarían solas en las calles de Buenos Aires.

A las seis, cuando la claridad inundaba el departamento y el murmullo del puerto se convertía en un clamor ronco y cercano, la señora Kendrick se agitó débilmente. Clara,

asustada, llamó a Anita, quien apareció medio dormida, con los ojos hinchados y el cabello en desorden.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Los labios pálidos de la señora Kendrick se movieron. Las dos muchachas se inclinaron sollozando.

—¿Qué dice? ¿Qué dice? — preguntó Anita, sin dejar de llorar.

Clara puso el oído junto a la boca de la moribunda. Esta vez oyó claramente un nombre:

—Roberto... Liverpool...

Un rayo de sol cayó sobre el rostro pálido y cansado.

Pero la señora Kendrick había dejado de sufrir.

## II

## EL VIAJERO DE LA "CRUZ DEL SUR"

Era un vapor viejo. Diríase que la fatiga de cerca de veinte años de navegaciones por las mismas rutas saturaba sus maderas crujientes. Pero sus armadores lo hacían calafatear, pintar, restaurar cuidadosamente cada tres o cuatro años y lo enviaban siempre en los cruceros de América.

La Cruz del Sur hacía la carrera Liverpool-El Callao desde 1899. Su pesada silueta, sus chimeneas rojas y azules, eran familiares en las costas americanas, desde Pernambuco y Punta Arenas hasta Coronel y Guayaquil.

Desde la borda de la Cruz del Sur, en una mañana de abril de 1919, un viajero contemplaba el sombrío peñasco de San Fernando de Noronha perdiéndose a la distancia, mientras el Atlántico, siempre azul, siempre atormentado por iras misteriosas, sacudía las maderas del navío.

Era un hombre alto, flaco, de cabellos rojizos que comenzaban a blanquear. Contaría unos cuarenta y ocho años, y su rostro era uno de esos rostros duros y vulgares que se encuentran a bordo de los barcos que van por el mar. Bajo las ropas finas del viajero, adivinábase un cuerpo rudo de marino. Un ancla tatuada en azul asomaba bajo los puños de su camisa de hilo, y fumaba constantemente un tabaco pestífero en una pipa de madera ennegrecida.

Las inglesitas de la primera clase solían protestar contra el hombre de la pipa pestífera. Pero a éste parecía tenerle muy sin cuidado la opinión de los demás pasajeros.

Claudio Parker — pues este era el nombre con que figuraba en el pasaje de cámara, — rehuía siempre las partidas de póker y de bridge, cuyas emociones no parecían tentarle. Sólo se dignaba frecuentar el trato de los oficiales de navegación, los cuales escuchaban atentamente sus conversaciones.

—Aquí siquiera puede uno divertirse algo — decíales, fumando infatigablemente, — pero hay otras rutas, como la de Australia...

Todo en el viajero denunciaba al hombre de mar, tosco y taciturno. No era raro verle retirarse tambaleando del bar, a medianoche, con gran disgusto de las rubias viajeras que tomaban té a todas horas y leían novelas de Elinor Glynn.

—Esos hombres no deben viajar en primera clase, — decían entre ellas.

Claudio Parker se encogía de hombros y volvía a llenar su pestífera pipa.

---

Había sido un hombre del mar, durante más de un cuarto de siglo. Por su memoria desfilaban a veces, cuando bebía varias copas de whisky, los barcos de su pasado marítimo, los rugosos veleros del Pacífico, los "trampsteamers" de la carrera de Nueva Zelandia, los paquetes de Vera Cruz y Hull, los sucios pailebotes del Africa Occidental.

Ahora era rico. Evocaba los días largos, los meses sin término, los años laboriosos y pobres, cuando navegaba en pequeños y mugrientos veleros.

El milagro de la fortuna le salió al paso cuando ya tenía más de cuarenta años. Había sido tan sencillo...

Cuando estalló la guerra, le habían comprado a peso de oro su pailebote, una sucia cáscara de nuez con la cual realizaba turbios y misteriosos tráficos, allá por el Golfo de Guinea y la Costa de Marfil. Nunca soñó en aquella oferta fabulosa. Su alma recelosa de marino le hizo regatear, pero en un día gris, con mar alborotada, entró en un puerto remoto de las islas Salomón y entregó su barco a los enemigos de

su patria. El pailebote izó el pabellón imperial, y durante tres años sembró la muerte en los mares.

No pensó en la traición. Y ésta había sido la fortuna de Claudio Parker. Algunos sabían la historia. La contaban en voz baja en Melbourne y en Tahití, en Capetown y en Port Elizabeth.

Claudio Parker, — entonces no se llamaba así, — anduvo algún tiempo por aquellas costas, hasta que comprendió lo peligroso de permanecer allí, donde hasta los vagabundos de los muelles y los dueños de los bars lo señalaban con el dedo.

Fuése al Oriente. Durante dos o tres años, se embriagó metódicamente en los bars de Bombay y de Colombo. Los puertos de China le vieron durante largos meses, hasta que un día una extraña nostalgia turbó sus jornadas, le asaltó en las mesas de los bars marítimos, un vago remordimiento le salió al paso en las callejas nauseabundas de los puertos asiáticos.

Se le ocurrió que aquella vida solitaria, entregado a los placeres brutales de los bars y los burdeles, no era la vida ideal.

Vagas memorias de su niñez en la vieja Liverpool, la ciudad de los navíos, acudían a sus pensamientos. Treinta y cinco años atrás saliera de sus muelles y nunca volvió.

¿Qué habría sido de todos los que dejó allí?

Los rostros vagos y borrosos de los suyos se hundían en el pasado.

---

—¿No tiene frío, Mr. Parker?

La brisa glacial del Atlántico barría las cubiertas solitarias de la Cruz del Sur. Caía la noche, en uno de esos crepúsculos desolados y melancólicos de alta mar. El corazón cansado del navío rimaba la fatiga de las olas.

Parker, que estaba apoyado en la borda, se irguió, volviéndose.

—Buenas noches — dijo, secamente.

La inglesita lo miró haciendo un mohín.

—Vd. siempre está solo — murmuró.

Parker la miró, malhumorado. Su alma taciturna se rebelaba contra las instrusiones de los desconocidos. Solía

exasperarle que le arrancaran a sus pensamientos, él que ni saludaba a sus compañeros de viaje ni le importaba quienes fuesen ni dónde iban, ni si se mareaban, o habían viajado mucho.

—Dicúlpeme, si le molesto, Mr. Parker...

El pasajero gruñó. Los ojos celestes de la viajera lo contemplaban cándidamente. El antiguo marino pensó, a pesar suyo, que parecía una figura de esas que se encuentran en las revistas ilustradas. Era tan rubia, sus ojos eran tan claros...

—No, Miss — dijo, sacándose la pipa de la boca, — ¿por qué me va a molestar?

Apenas pronunció estas palabras, se maravilló de su "savoir-faire". La pasajerita sonreía, mostrando unos dientes muy pequeños, muy iguales. La brisa oceánica arreció, y la muchacha se estremeció vivamente.

—Sería mejor que fuera Vd. adentro, a la cámara — opinó Parker.

—Porque sopla un poco de viento... ¡Bah!

Parker la miró con atención, de reojo.

Era bella, en verdad, la pasajerita, muy rubia, con los cabellos escapándose rebeldes debajo de su gorra de viaje. El torvo y endurecido corazón del antiguo marino se dulcificó un poco.

—¿Vd. va a Buenos Aires?

Sí, Parker iba a Buenos Aires. Nunca había estado allí, en esa gran ciudad que algunos ingleses llamaban la Estrella del Sur.

—¿Y Vd., miss?

Ella volvió a sonreir, mirándolo cándidamente.

Se iba a una estancia. Ella había ido a Inglaterra a visitar a unos parientes, a quienes no veía desde hacía largos años. Ahora regresaba.

Parientes a quienes no veía desde hacía largos años...

Parker guardó silencio. Siguió fumando su pipa y mirando las aguas, que rodaban espumosas y agitadas a los costados del vapor.

Aquella frágil inglesita había cruzado dos veces el mar, sola, desde el fondo de la Patagonia, para ir a visitar a unos parientes a quienes no veía desde hacía muchos años.

Y sintió frío, un frío extraño. Un frío interior que no había sentido nunca, ni cuando vendió su velero a los enemigos.

## III

## EN BUENOS AIRES

Durante el viaje, cuando llegaban a Montevideo, la pasajerita rubia le dió la dirección de una casa de pensión, en la calle 25 de Mayo.

Se despidió de ella en la Dársena Norte.

—Adiós, hombre malvado — díjole, riendo — si algún día va por la Patagonia, acuérdese que estoy en una estancia del Chubut...

Los datos eran algo vagos, pensó Parker, contemplando a su compañera de viaje con cierta admiración, y la vió desaparecer para siempre.

Se quedó un poco triste. La inglesita era la única persona que le había tratado de igual a igual, a bordo. No temía el áspero aroma de su pipa, ni se escandalizaba de verlo ligeramente ebrio algunas noches.

Al verla desaparecer de su vida, rubia y risueña, con una valija en una mano y una novela de Beatrice Grimshaw en la otra, Parker sintió más que nunca el vacío desolado de su vida. Un antiguo remordimiento seguía royéndole.

Miró por última vez las maderas despintadas de la Cruz del Sur, y se hundió en el regazo de Buenos Aires.

---

Un taxi lo dejó en la calle 25 de Mayo, y al cabo de cinco minutos se encontraba en la pensión de la señora Kendrick.

La casa le gustó.

Una muchacha rubia le abrió la puerta del departamento, y le contestó en inglés.

Sí, había piezas desocupadas. ¿Las quería ver?

Anita le mostró las piezas, y Parker se instaló en una que daba sobre la calle, una pieza grande, de techo bajo, con muebles hermosos.

Después de comer en la pieza, donde Anita le sirvió, Parker se tendió en la cama, impresionado por el vago lujo del departamento. Fumó varias pipas, y tarde, a eso de las 11 de la noche, con gran sorpresa suya, oyó que alguien lloraba en la habitación vecina.

Después reconoció la voz de Anita. El acento de la muchacha era triste. La otra, la que lloraba, no respondía.

Parker hizo un gesto de impaciencia. A él, que nunca había tenido familia, le eran odiosos los dramas íntimos, y he aquí que la misma noche que llegaba, tropezaba con uno de ellos...

Se durmió profundamente.

Anita lo despertó temprano. Observó que la muchacha tenía los ojos enrojecidos. ¿Habría llorado, también?

El recuerdo reciente de la inglesita que se iba a la Patagonia acudió de nuevo a su memoria.

—Aquí tiene el recibo, señor Parker.

La muchacha le tendía un papel. Era el recibo del mes de pensión. Cuando ella se hubo ido, llevándose la taza y las sobras del pan y la manteca, Parker leyó el recibo:

"Recibí del señor Claudio Parker la cantidad de doscientos veinte pesos por un mes de pensión. — Clara Kendrick".

Kendrick. El nombre no podía ser más inglés. La muchacha hablaba el inglés correctamente. Sí, eran ingleses. Parker había temido que fueran irlandeses...

No vió a Clara hasta dos días más tarde. Le extrañó vagamente cierto parecido de la mujer con la pasajerita de la Cruz del Sur.

Y Parker entró de este modo a formar parte de la vida de la pensión.

No habían transcurrido muchos días cuando empezó el antiguo marino a advertir el drama íntimo de las dos mujeres.

A pesar de los muebles lujosos, la necesidad asomaba su cara sombría en el departamento de la calle 25 de Mayo. Una mañana un hombre insultó groseramente a Clara en la puerta. Parker no entendía las palabras, pero adivinó que era una cuenta que se presentaba y no podía ser pagada. El cobrador seguía insultando. Parker salió de su habitación y lo tomó del cuello, sacudiéndolo rudamente.

El insolente refunfuñó y se fué.

Clara miró a Parker con sus ojos claros, y le dijo simplemente:

—Muchas gracias.

Sí. Era la miseria, la que entraba en la casa. Amenazaban con llevarse los muebles, de los cuales no se había pagado más que una parte. Las comodidades escaseaban, y las dos muchachas tenían los ojos enrojecidos casi siempre.

Parker observaba y callaba. Los ojos claros y hermosos de Clara lo perseguían en sus sueños. El obscuro drama de aquellas dos pobres mujeres empezó a preocuparle.

Un día Claudio Parker observó, aterrado, que amaba a Clara Kendrick, él, un marino endurecido, acostumbrado a las brutalidades de la existencia errante, él, que no podía viajar en primera clase sin escandalizar a las mujeres con su pipa y sus borracheras...

No lo quiso creer. Se engañaba a sí mismo.

En el rudo corazón de aquel aventurero de cerca de cincuenta años, la pasión por la rubia y frágil muchacha de la pensión hizo estragos. Sus ojos la seguían por la casa. Más de una vez quiso pagar cuentas apremiantes que llevaban cobradores insolentes, pero ella no se lo permitía, altiva y pálida.

—Pagaremos después, cuando cobremos un dinero que nos deben — aseguraba, enrojeciendo un poco.

La verdad era que ella y Anita no sabían qué hacer. Pensaba, llorando, en las noches largas, mientras los obscuros rumores de la calle 25 de Mayo, interrumpidos por el carillón de la Torre de los Ingleses, subían hasta el quinto piso, que un día, un día próximo, ella y su prima tendrían que cerrar la casa de pensión y buscarse la vida en las calles.

Hacía seis meses que la señora Kendrick había muerto. Las deudas las agobiaban. En la pensión no había más que tres personas, Parker, y un joven matrimonio norteamericano. Pagaban con puntualidad, era cierto, pero no bastaba para el presupuesto. Un día el marino y los norteamericanos se cansarían de los eternos "Irish stews" y los guisos de verdura, y se irían...

Fué entonces cuando la pasión de Claudio Parker se le hizo evidente.

Anita lo había comprendido hacía días.

—Te ama — le dijo, sencillamente.

Clara palideció.

—No... No...

Se resistía a creerlo. Toda su alma de mujer delicada rebelábase contra aquel desconocido, que le había dado pruebas de bondad, pero que no era más que un desconocido, un hombre rudo salido de quién sabe dónde...

—Sí, Clara, Parker te ama — repitió la pobre Anita, grave.

Guardó silencio. Pero Clara adivinó lo que pasaba por el pensamiento de su prima. La muchacha, fatigada en los duros menesteres de la cocina, de la limpieza, pensaba en el rico extranjero... Parker surgía entre ellas y la miseria y la vergüenza.

La sombra pálida y cansada de la señora Kendrick se levantaba ante ellas.

—¿Qué piensas hacer?

Las notas de plata del carillón vibraban en el barrio.

—No lo sé, Anita, no lo sé...

Al día siguiente fueron a quitarles los muebles.

Parker, que volvía de una excursión callejera, una de sus diarias y misteriosas excursiones por las calles de Buenos Aires, comprendió que había sonado la hora de la catástrofe.

Era el momento de intervenir.

Sin escuchar las débiles protestas de Clara, que lloraba dulcemente, pidió las facturas del mueblero y pagó.

El cobrador se fué, maravillado y sonriente.

—¿Qué ha hecho, señor Parker?

Anita desapareció.

Hubo un largo silencio. El marino la miraba, y su rostro curtido se enrojecía visiblemente. Gotas de sudor aparecieron en su frente, a pesar del frío.

—Lo que debía hacer, miss Kendrick — dijo con voz insegura.

Sintió ella llegado el momento definitivo de su vida. Aquel hombre rudo y tembloroso la amaba, y le iba a pedir que se casara con ella. Volvió a su memoria el recuerdo de su madre, las casas de pensión sórdidas de la calle Almirante Brown y de Belgrano, la lucha de años y años con la pobreza, el duro trabajo de todos los días, ella y Anita,

dos pobres muchachas solas en la inmensidad de Buenos Aires...

Callaba, muy pálida. De la cocina venía un rumor de cacerolas y de agua corriendo de una canilla. Un vago olor de "Irish stew" empezó a llenar el departamento.

—Tengo que hablar con usted, Miss Kendrik — dijo él, al cabo de unos instantes, y ella se estremeció.

—Hoy no, Mr. Parker... Hoy no — balbuceó, cada vez más pálida. El hombre la miró fijamente.

—¿Mañana, entonces?

—Sí, mañana...

El agua seguía corriendo en la cocina.

## IV

## LA REVELACION DE PARKER

Estaba resuelto.

Después de una noche de lágrimas, Clara Kendrick se resignó. La vida era cruel para algunas mujeres, pensaba. Había sido dura y triste para su pobre madre, en los largos años, dolorosos y difíciles. Ahora, para ella llegaba el instante del sacrificio. Todos los sueños de su juventud se derrumbaban, ella que soñó, como todas las mujeres, el romance de amor.

Se casaría con Claudio Parker.

Anita, en el fondo de su cocina, comprendió algo de lo que pasaba por el alma de su prima. Sus ojos vivaces escudriñaban el rostro adorado, y a ella también, un vago remordimiento la asaltaba.

Parker, muy afeitado, con un traje nuevo, esperaba nerviosamente, acechaba el instante supremo.

El instante llegó después de almorzar.

Fué una ceremonia rápida.

Al escuchar la respuesta afirmativa de Clara Kendrick, el marino palideció levemente bajo su piel bermeja y rugosa.

—Qué feliz me hace Vd., Clara — dijo, y sus robustas manos de marinero temblaron un poco.

La boda se fijó para el mes siguiente. Parker trató de apresurar la fecha, pero Clara insistió, y se vió obligado a resignarse.

El casamiento pareció un sueño al antiguo capitán de veleros. Casáronse civilmente y por la iglesia protestante. Parker había pagado todas las deudas de la pensión, y cubierto de valiosos obsequios a Clara, sin olvidar a la pobre Anita, quien, por vez primera en su existencia, su obscura existencia de muchacha pobre, salía de su condición de Cenicienta.

Consumada la boda, en presencia de algunos escasos amigos de Clara y de su prima, pues Parker no conocía a nadie en Buenos Aires, los recién casados partieron, por deseo de Clara, a Entre Ríos.

Quería la pobre esconder su melancólica luna de miel lejos de la ciudad de su niñez y su juventud.

Unas buenas mujeres que conocieron a su madre, allá en las viejas casas de pensión de otros barrios, invitadas a concurrir a la boda, miraban curiosamente a la novia. El semblante pálido y triste de Clara Kendrick les reveló su drama interior.

En cuanto a Parker, el ex marinero, trataba inútilmente de ocultar su turbación manifiesta. Hasta la víspera de la boda, bebiendo solo en los pequeños bars del Paseo de Julio, sentía por momentos un vago remordimiento. Pero no era el remordimiento de antaño, el que le hizo atravesar los mares en la Cruz del Sur y cambió su destino.

Pero, en cuanto el pastor hubo pronunciado las palabras rituales, en cuanto sus ojos contemplaron extrañamente conmovidos el rostro descolorido de Clara, un sentimiento insólito embargó su ánimo.

Los ojos curiosos y sagaces de Anita sorprendieron su expresión. Por un instante, la pobre muchacha creyó vislumbrar el alma hermética de aquel hombre que se acaba de casar con su prima y de salvarlas a las dos de la miseria y la vergüenza.

Se quedó pensativa.

---

Clara regresó sola de Entre Ríos cuatro días más tarde, extrañamente agitada.

Anita, que no la esperaba aún en el departamento de la calle 25 de Mayo, que contaba con dos pensionistas nuevos, la recibió sorprendida.

La Cenicienta de la casa de pensión ignoraba lo que resolvería su prima. Ya era rica. La fortuna de Parker era evidente. Creía Anita que seguiría, no obstante, con la casa de pensión, pero en circunstancias diferentes, con sirvientes, un cocinero. Ella ya no tendría que levantarse a las cinco de la mañana, como lo había hecho toda su vida...

Se presentó de regreso una tarde muy fría. Una menuda llovizna descendía sobre Buenos Aires, y los sones del carillón vibraban opacos y apagados en el barrio turbio y familiar de tiendas árabes y de pequeños cafés.

—¡Clara!

Besó a su prima, y sintió que sus mejillas estaban heladas, sus manos yertas.

—¿Estás enferma?

Clara no contestó. Sus ojos, sus hermosos ojos azules miraban con expresión extraña y fija.

—¿Qué tienes, Clara? ¿Qué ha sucedido? ¿Y Parker?

Hubo un instante de silencio. Instintivamente, Anita adivinó un drama. Una congoja súbita, inexplicable, invadió su corazón.

—Ven, Anita...

La siguió hasta la salita de la casa de pensión. Era la habitación donde había muerto la señora Kendrick.

—Tenemos que irnos, Anita... Tenemos que huir de aquí, de él...

Anita creyó que un abismo se abría bajo sus pies.

—Tenemos que irnos — repitió Clara, lívida, con los ojos secos y trágicos.

—Pero, ¿qué ha pasado?

Una expresión horrorizada se dibujó en el rostro de Clara. Su prima la contemplaba aterrada.

Lentamente, Clara empezó a hablar.

—Es Parker... Allá, en Entre Ríos, me confesó que Claudio Parker no era su verdadero nombre... Vino a Buenos Aires en busca de una hermana... Esa hermana era todo lo que quedaba de su familia, de aquella familia a quien había abandonado cuando él tenía doce años, en Liverpool. Anduvo rodando por el mundo, sin acordarse de sus padres ni hermanos... Todos murieron, y sólo quedaba la hermana mayor. Fué a buscarla treinta y cinco años después, cuando ya era rico. Supo que ella se había venido a Buenos

Aires, sola. Cuando se hizo rico, sintió el remordimiento de haber abandonado a todos los suyos, hacía tantos años... Pensó en aquella hermana pobre y solitaria, rodando por la tierra. Y la buscó... La está buscando todavía... No sabe... ¿Comprendes, Anita?

Anita no quería comprender... Era demasiado horrible...

—Parker se llama Green, Roberto Green... ¿Comprendes, ahora? Su hermana era mi madre... Tu tía... ¡Oh, es demasiado horrible, Anita!

Era verdad.

El ex marinero lo había contado todo, durante la miserable luna de miel. Había venido a Buenos Aires en busca de Sara Green, su hermana. Sara Green — ¡pobre mujer! — se casó en la Aregntina, veinticinco años antes, con el honrado Tomás Kendrick, quien murió dejándole a Clara recién nacida y a Anita, una sobrina huérfana. El buscaba, seguía buscando a una Sara Green lleagda de Liverpool, allá por 1894. No parecía pensar que se hubiera casado y hubiera cambiado de nombre.

—¡Dios mío! — sollozó Anita, — ¿no lo sabe?

—No...

En el alma simple y religiosa de aquellas muchachas protestantes, el horror del incesto asumía proporciones trágicas; Clara se había casado con su tío, sin saberlo, y el horror de aquella unión criminal la atormentaba como un suplicio del infierno.

—¿Por qué se cambió de nombre?

Clara no lo sabía. Parker, o Green, lo confesó que tenía motivos para hacerlo, aunque jamás hubiera cometido un crimen ni nada parecido. Los marinos suelen hacerlo, habíale dicho, sin mayores explicaciones.

¡Roberto Green! Pensó en aquel nombre misterioso que su madre pronunció al morir: Roberto, en Liverpool. Era el mismo...

Al saberlo, allá en Entre Ríos, Clara huyó, sin revelarle la espantosa verdad. Quiso irse lejos, donde nunca la encontrara, donde no lo supiera nunca. Pero el recuerdo de Anita la trajo a Buenos Aires, para prevenirle y desaparecer.

—Tenemos que irnos — repetía — para siempre... El vendrá a buscarme... Debemos dejar todo esto, Anita...

El carillón de la Torre de los Ingleses vibró sordamente bajo la lluvia.

## V

## EN EL MAR

La Cruz del Sur surcaba las aguas del Atlántico en sus viajes interminables. La espuma cantaba sus canciones eternas y monótonas en la estela del viejo vapor.

Bajo las estrellas lejanas, sobre el júbilo salvaje de las olas, el hombre fumaba una pipa pestífera. El viento frío bramaba en las cubiertas y azotaba su figura inmóvil.

Los blancos tejados de Montevideo se perdieron a la distancia. Buenos Aires estaba muy lejos ya, y no volvería a ver nunca sus calles angostas, sus altos edificios, sus noches inquietas y profundas.

¡Buenos Aires!

Allí se había desarrollado el drama de su vida. El incesto inconsciente, el espectro de su hermana muerta al cabo de una existencia de pobreza y de trabajo, llenaban su alma de sombras amargas y torturadoras.

Pensó que era el castigo. Sus culpas habían hundido su alma miserable en las tinieblas. Los hombres no deben abandonar jamás a los suyos, ni vender a su patria.

Arreciaba el viento helado del océano. Volvía a su memoria el semblante lívido y espantado de Anita, cuando volvió al departamento en busca de su mujer, que lo abandonara de modo tan inexplicable en el pequeño hotel del Paraná, cuatro días después de la boda.

Volvía a escuchar las palabras de Anita:

—Clara se ha ido... No quiere volverlo a ver nunca. Váyase...

Después, la explicación terrible, las pruebas del parentesco con Clara, los retratos borrosos que la pobre Sara Kendrick conservaba del pasado distante.

¡La hija de Sara! Si hubiera llegado seis meses antes a Buenos Aires, en su misión de expiación, lo horrible no hubiera sucedido nunca. Su arrepentimiento había llegado demasiado tarde, y ahora todo había concluido. La vida de los dos estaba quebrada para siempre...

El pasajero continuaba fumando y mirando la estela espumosa.

Había huído de Buenos Aires, después de la revelación. Había querido dejarle todo su dinero, su maldito dinero, a Anita, pero ella rehusó. La dejó llorando en el departamento de la calle 25 de Mayo, y se fué.

Ni sabía dónde iba. Lejos, a Europa, al Africa, al Oriente de los burdeles y los cafés marítimos.

El pasado irreparable volvía siempre en la vida miserable de los hombres. Todas las sombras, todos los remordimientos, todos los errores, volvían a asaltar a los pecadores en las encrucijadas misteriosas de la existencia...

Y a medida que el vapor corría por los mares, llevándose el drama profundo de su alma, Roberto Green evocaba nuevamente, con áspera pesadumbre, con atormentadora congoja, las memorias remotas, las miserias distantes.

El drama antojábasele un sueño extraño y terrible.

En medio de las sombras del mar, el semblante de Clara Kendrick le sonreía con trágica expresión.

¡La hija de su hermana!

Y veía otra vez, como en el pasado remoto y desvanecido, a su hermanita Sara, corriendo por las callejas del barrio marítimo de Liverpool, cuando él se fué para no volver nunca, sus cabellos rubios desgreñados, su vocecita infantil, llamándolo desde el umbral de la casa pobre donde ambos nacieran:

—¡Bobbie!

Y era hija de esa chiquilla rubia la que había tenido entre sus brazos rudos, turbado de pasión, allá, en un pequeño hotel de una ciudad desconocida, por la que pasó con su amor miserable como una gaviota por el viento.

—¡Bobbie!

La vocecita de hacía treinta y cinco años parecía cantar entre el rumor de las espumas, entre el jadeo angustioso de las máquinas del vapor.

Sí. Se iría lejos. Todo puede borrarse en el alma atormentada y triste de los hombres.

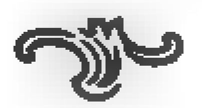
El viento de la noche soplaba con furia, barriendo las cubiertas abandonadas del paquete.

Apagó su pipa y se dirigió al bar del vapor. Mientras bebía, un vago consuelo pacificó su alma. Clara era joven,

podía rehacer su vida, olvidar, quizá. Todas las deudas estaban pagas. Ella y Anita seguirían viviendo tranquilas en la casa de pensión, mientras él se perdía por la tierra, esta vez para siempre...

A medianoche, los viajeros de primera clase vieron a un hombre de aspecto rudo que se dirigía tambaleando, medio ebrio, a su camarote.

Era el viajero de la Cruz del Sur.



# INDICE

# Interesa a Todos!

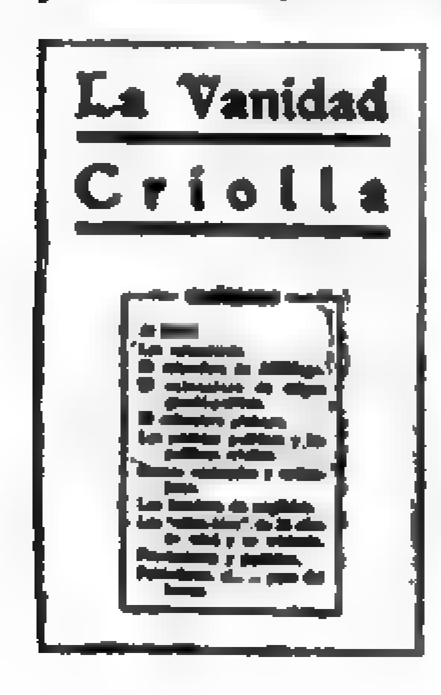
# *La Vanidad Criolla*



Su autor, don Rómulo Bayá, ha escrito un libro del mayo interés para el estudio de la sociedad argentina.

En forma dialogada, un francés y un criollo debaten las apariencias de varios sectores sociales al través de una serie abundante de casos prácticos para concluir con más o menos convicción en que una buena parte de las actitudes públicas es debida a la que da título al libro, o sea la vanidad criolla, la cual, en opinión del extranjero, conocedor profundo del vivir argentino, constituye un obstáculo para realizar rápidamente un progreso positivo en la evolución del país.

El señor Bayá, termina la exposición pintoresca de ciertas costumbres indígenas, analizadas en un estilo correcto y claro, con un capítulo altamente patriótico, desde el cual se otean las múltiples y excelentes cualidades de la nación, que reclaman hombres de buena voluntad, vengan de donde vinieren, y ciudadanos dignos, es decir inteligentes, laboriosos, fieles a un espíritu de amor y ecuanimidad, bases fundamentales de un gran porvenir, que bien se merece la Argentina.




Es, en resumen una obra que merece leerse, y ha de llamar la atención pública por algunas «verdades» que si bien conocidas y aceptadas, no acostumbramos verlas impresas en libro......... $ 2.00

**ARGENTINOS y EXTRANJEROS**

***deben comprarla !***

*Una hermosa novela:*

# Una de ellas

*Argentina y femenina*
*escrita por una mujer:*

## Carmen Luna

ESTE libro es la fe perdida de una mujer, recuperada al fin, que al llegar al corazón del amado, le cuenta el misterio del suyo que adorándolo hasta la muerte, pero amarrado a otros débiles seres, siente miedo de matarlos, aun salvándose ella misma.

La distinguida escritora, Carmen Luna, que había prometido superiores libros con su primera novela **Las de hoy**, que alcanzó notable resonancia, demuestra ahora con su reciente producción que va dominando todos los resortes del arte difícil de novelar. En **Una de ellas** aparece buena parte de la sociedad argentina, vista con naturalidad y eficacia, la cual se mueve y siente en torno a un drama del mayor interés y de hondos sentimientos desde todos los aspectos que ofrece cierta clase social de distinción.

Toda la obra se desenvuelve en la persona augusta de una mujer delicada, fuerte, de gran corazón, pero de arraigadas convicciones en el cumplimiento de sus deberes. El final es doloroso y simultáneamente optimista. Todo acto de firmeza alienta en esta vida de egoismo y debilidades.

El de Carmen Luna es un libro de lectura sana, y ha sido admirablemente presentado por la **Editorial Tor.**




Precio del ejemplar

**$ 2.—**


*Dióse fin a la impresión de este libro a IV días del mes de Sept. del año MCMXXIII por el Dep. de impresiones de la* **Editorial Tor.**

